

Los militares federales antes, durante y después de la Decena Trágica

The Federal Army before, during and after the Ten Tragic Days

Edwin Alberto Álvarez Sánchez

Museo Casa de Carranza

Pedro Celis Villalba

Instituto Cultural Helénico

Cómo citar este artículo: Edwin Alberto Álvarez Sánchez y Pedro Celis Villalba, "Los militares federales antes, durante y después de la Decena Trágica", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, núm. 7 (enero-abril 2021), novena época, pp. 9-67.

Recibido: 14 de septiembre de 2020 · Aprobado: 9 de noviembre de 2020

Resumen

Este artículo busca reforzar las nuevas explicaciones propuestas por Bernardo Ibarrola y Edgar Urbina acerca de la Decena Trágica y sobre la conducta seguida por los generales federales para con los gobiernos de Francisco I. Madero y Victoriano Huerta y, por tanto, contribuir a matizar la opinión generalizada sobre que el Ejército Federal en su conjunto fue el artífice del derrocamiento de Madero. Sin embargo, también fijamos nuestra posición personal, que no siempre coincide con dichos autores.

Palabras clave: Ejército Federal, Decena Trágica, Victoriano Huerta, Francisco I. Madero, Revolución mexicana

Abstract

This paper seeks to enforce the new explanations that have been proposed by Bernardo Ibarrola and Edgar Urbina in relation with the Ten Tragic Days, as well as the behavior of the generals of the Federal Army towards the administrations of Francisco I. Madero and Victoriano Huerta, and, therefore, to change the opinion that maintains that the Federal Army as a whole ousted President Madero. Nevertheless, we make clear our differences with Ibarrola's and Urbina's approach.

Keywords: Federal Army, Ten Tragic Days, Victoriano Huerta, Francisco I. Madero, Mexican Revolution

A partir de la publicación de la tesis doctoral de Santiago Portilla en 1995 han visto la luz numerosas investigaciones que, con o sin intención concreta de hacerlo, han ido contribuyendo al análisis de la historia militar de México. Sin embargo, ha sido hasta años recientes que se comienzan a dar los primeros pasos firmes para el afianzamiento de esta área de estudio desde un punto de vista sólido y académico. Y aunque no podemos hablar de una historia militar mexicana consolidada, entre otras cosas por no existir aún trabajos que sean una síntesis de los avances producidos en los últimos años y por no haber robustecido un debate en torno a las nuevas ideas, conviene considerar visiones tan variadas como las que contienen las más recientes investigaciones sobre el tema. En este sentido, nos suscribimos a las intenciones generales de las investigaciones de Bernardo Ibarrola, quien en los últimos años ha introducido de forma clara en el análisis histórico del porfiriato y la revolución variables de corte eminentemente militar.

En 2019 Ibarrola publicó un interesante análisis historiográfico en torno a la Decena Trágica, en el que muestra que, después del triunfo constitucionalista, se gestó una explicación tradicional sobre cómo se desarrollaron los acontecimientos de febrero de 1913. Un ingenuo presidente Madero fue víctima de un maquiavélico Victoriano Huerta, quien tal como el Ricardo III de las obras de Shakespeare,¹ planeó desde un principio —esto es, desde el 9 o 10 de febrero— derrocar al primer mandatario. En consecuencia, dedicó los días siguientes a una “guerra falsa”, en otras palabras, a simular que combatía contra Félix Díaz y Manuel Mondragón, encerrados en la Ciudadela, cuando en realidad negociaba con ellos tras bambalinas, culminando con el Pacto de la Embajada y el cuartelazo del 18 de febrero, al que siguieron las renunciadas forzadas de Madero y Pino Suárez, así como sus homicidios. Ibarrola señala que esta narración, surgida de la necesidad de legitimar al movimiento constitucionalista, fue perpetuada después por los historiadores académicos, pasando por Daniel Gutiérrez Santos, Jesús Silva Herzog, Charles Cumberland, Stanley Ross, Michael C. Meyer, Frie-

¹ *Enrique VI*, tercera parte, acto v, escena vi; *Vida y muerte del rey Ricardo III*, acto I, escena I.

drich Katz, Bertha Ulloa, Luis Garfias Magaña, Alan Knight, Josefina MacGregor, Javier Garciadiego, Enrique Krauze, Ariel Rodríguez Kuri, Felipe Ávila, Pedro Salmerón, Antonio Saborit e incluso el escritor Paco Ignacio Taibo II.²

El citado autor también alude al libro de Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica*, que en su opinión ofrece una novedad interpretativa por plantear que el derrocamiento de Madero obedeció en parte a “un conflicto entre militares, en gestación desde la caída de Porfirio Díaz, y agudizada en la campaña contra los zapatistas, en la que sus mandos sucesivos —Huerta y Ángeles, precisamente— habían puesto en evidencia talentos totalmente distintos respecto de la nueva situación generada por el movimiento revolucionario”.³ No obstante, de acuerdo con Ibarrola, Gilly cae en la tentación de repetir la explicación de la guerra falsa contra la Ciudadela, emprendida por el general Huerta.

El propio Ibarrola dedica la mitad de su texto a proponer una explicación alternativa, que queda a ser demostrada en el futuro con documentación militar más amplia; propone que Huerta tomó el mando sin la intención previa de derrocar a Madero. Fue con el transcurso de los días, luego de constatar la imposibilidad de derrotar a los insurrectos, que decidió negociar con ellos.⁴

Ahora bien, el interés de este texto no es única ni principalmente el desarrollo militar de la Decena Trágica, sino la conducta de los militares federales ante los gobiernos de Madero y Huerta. A este respecto, es importante referirse a dos autores que han trabajado al Ejército Federal

² Ibarrola, “La rebelión de la Ciudadela”, pp. 159-172.

³ Ibarrola, “La rebelión de la Ciudadela”, p. 175.

⁴ “[...] debido a la posesión del mayor arsenal del país por parte de los amotinados, con armas de última generación cuyas características operativas todavía no eran bien comprendidas, ocurrió un estancamiento militar que hacía imposible su derrota rápida y llevó a la búsqueda de una conclusión del conflicto por medio del acuerdo y no de la fuerza; el golpe militar del 18 de febrero que concluyó con el gobierno de Madero fue condición previa para concretar este acuerdo, no su consecuencia”. Ibarrola, “La rebelión de la Ciudadela”, p. 159 (resumen).

durante el periodo 1910-1914. Edgar Urbina dedicó sus tesis de maestría y doctorado a estudiar a dicho ejército. En la primera, impresa en 2011, “La ‘guerra interior’ en el ejército federal. Una larga crisis madurada entre mayo de 1911 y febrero de 1913”, describe con pormenor el fracaso de Madero para ganarse la confianza y simpatía de los militares federales y explica las motivaciones de aquellos que se sublevaron el 9 de febrero de 1913, así como de Huerta. También expone cómo las tensiones entre los federales y los civiles, tanto porfiristas como revolucionarios, afectaron al gobierno de Madero.⁵ Asimismo, reconoce una y otra vez la fidelidad profesional de los federales hacia el gobierno maderista. Por otra parte, siguiendo a Stanley Ross, Urbina suscribe la versión de la “guerra falsa” y de que Huerta comenzó a conspirar contra Madero desde el 10 de febrero.⁶

En su tesis doctoral “El Ejército Federal. Unificación, disolución, herencia y destino (1913-1920)”, Urbina hace un estudio extenso del Ejército Federal que va desde el establecimiento de un marco teórico centrado en la moral militar, pasando por una prosopografía de sus altos mandos durante el huertismo, la descripción de su contingente humano y armamento, logística, finanzas, su órgano oficial de prensa, las campañas de combate contra los revolucionarios, hasta la incorporación de algunos elementos federales a facciones revolucionarias luego de los Tratados de Teoloyucan.

Es un primer ejercicio para escribir la historia del Ejército Federal. Lo importante para nosotros es que refrenda lo planteado en su tesis de maestría en relación con la ética profesional de los militares federales y cómo influyó en su relación con los gobiernos de Madero y Huerta.

⁵ Aunque la “fidelidad profesional” es una categoría subjetiva como el “miedo”, esta se abordará siguiendo como marco teórico referencial el neoinstitucionalismo histórico, principalmente a través de lo expuesto por Luis Medina en su trabajo *Invencción del sistema político mexicano*, que muestran las categorías de análisis que el neoinstitucionalismo propone para lograr una mayor comprensión de los mecanismos de sociabilidad dentro de las instituciones. Medina, *Invencción del sistema*.

⁶ Urbina, “La ‘guerra interior’”, pp. 234-236.

El otro autor es Mario Ramírez Rancaño, quien es el que más prolíficamente ha escrito sobre el Ejército Federal.⁷ En particular, nos interesa llamar la atención sobre las ideas expuestas en dos de sus trabajos. En 2008 publicó el artículo de divulgación “Generales ‘con sobrado espíritu militar’”. Posteriormente, en 2011 publicó el artículo académico “Durante y después del desastre: algunos supervivientes del Ejército federal”. En ambos, inspirado por Antímaco Sax y Francisco Bulnes, el autor concluye que la derrota del gobierno huertista en 1913-1914 frente a la revolución constitucionalista, se debió a que los generales federales “eran viejos, cobardes, inútiles y miedosos”, lo cual explica por qué “ante el empuje de simples aficionados a las armas, profesores de escuela, rancheros, bandoleros, y resentidos sociales, los expertos en la ciencia militar se espantaron y huyeron”. También afirma que “al margen de la supuesta ilegalidad del gobierno de Huerta”, el Ejército Federal no cumplió con su deber, pues era “su obligación defenderlo a capa y espada [a Huerta], jugarse la vida, y no lo hizo”.⁸ Como prueba de la certeza de su juicio, Ramírez Rancaño cita numerosos ejemplos, en la mayoría de los cuales hubo una clara ventaja numérica para los revolucionarios, aunque, al parecer, para el autor ese aspecto carece totalmente de importancia ya que, en su opinión, los federales eran superiores tan sólo por ser militares de carrera y, por tanto, ser derrotados estaba totalmente injustificado.⁹ También le sorprende que militares de carrera optaran por huir para salvar sus vidas ya que, de acuerdo con el autor, su deber era combatir hasta la muerte “en julio de 1914 Huerta no debió salir del país, sino esperar a la llegada de los constitucionalistas a las goteras de la capital de la República y morir con las armas en la mano”.¹⁰

⁷ *El ejército federal 1914. Semblanzas biográficas, Victoriano Huerta y sus correligionarios en España: 1914-1920*, “La república castrense de Victoriano Huerta”, “Una discusión sobre el tamaño del ejército mexicano: 1876-1930”, “La logística del ejército federal: 1881-1914”, “Ejército federal, jefes políticos, amparos y desertiones: 1872-1914”.

⁸ Ramírez, “Durante y después del desastre”, p. 88; “Generales ‘con sobrado espíritu militar’”, pp. 100 y 117.

⁹ Ramírez, “Durante y después del desastre”, p. 89; “Generales ‘con sobrado espíritu militar’”, pp. 100, 104 y 106, 107, 109, 110, 114.

¹⁰ Ramírez, “Generales ‘con sobrado espíritu militar’”, p. 117.

De acuerdo con esta lógica, todos los militares que a lo largo de la historia han ordenado retiradas, en lugar de combatir hasta la muerte han sido cobardes y han faltado al “honor militar”. En el caso de México podríamos referirnos al capitán general insurgente Ignacio López Rayón, por evacuar Zitácuaro en 1812; al capitán general insurgente José María Morelos y Pavón, por romper el sitio de Cuautla en 1812, en lugar de permanecer encerrado con sus hombres hasta morir de hambre; al general de división Mariano Arista, por retirarse derrotado de Resaca de la Palma en 1846; al general de brigada Pedro Ampudia por rendir Monterrey en 1846; al general de división Antonio Rincón y su lugarteniente, el general graduado Pedro María Anaya, por rendirse en Churubusco en 1847; y al general de división Nicolás Bravo por rendir el Castillo de Chapultepec en 1847.¹¹

Nunca está de más considerar un mayor número de variables, subjetivas o contrafactuales para el análisis, siempre y cuando los juicios de valor queden fuera de la explicación final.¹²

¹¹ En la historia universal también encontramos numerosos ejemplos: Napoleón Bonaparte cuando desocupó Rusia en 1812, así como cuando se retiró derrotado de Leipzig en 1813 y de Waterloo en 1815. Lo mismo aplicaría al general continental George Washington cuando evacuó Manhattan en 1776; al general británico Charles Cornwallis rendido en Yorktown en 1781; al general confederado Robert E. Lee por retirarse de Gettysburg en 1863 y rendirse en Appomattox en 1865; al alto mando británico por ordenar la evacuación de Dunquerque en 1940; al general estadounidense Douglas MacArthur al evacuar Filipinas en 1942; al mariscal de campo alemán Erwin Rommel al solicitar permiso para abandonar el frente en el norte de África en 1943; al general coronel Friedrich Paulus por rendirse ante los soviéticos en Stalingrado en 1943. La lógica radical de considerar siempre la retirada como un acto cobarde sólo se puede hallar en Adolf Hitler y Josif Stalin, quienes esperaban que sus generales perecieran junto con todos sus hombres antes que rendirse o retirarse, así como en el código de honor samurái o bushido, que consideraba la derrota como una vergüenza digna del suicidio.

¹² El desarrollo de la historia militar en los últimos años no es un caso aislado de México, los trabajos de Alejandro M. Rabinovich, aunque su obra versa sobre el desarrollo del ejército en Argentina durante la primera mitad del siglo XIX, puede ser un referente para el análisis del caso mexicano. En particular, con relación al “miedo” su libro *Anatomía del pánico: la batalla de Huaquí, o la derrota de la Revolución (1811)* muestra cómo el miedo puede ser un factor determinante en el desarrollo operativo de una batalla. Por desgracia, para el caso mexicano no existe ninguna investigación que de forma seria y sistemática introduzca este tipo de variables para enriquecer el análisis de la historia militar.

Siguiendo categorías de análisis subjetivas preferimos considerar el aforismo según el cual “una buena retirada equivale a una victoria”.¹³ Asimismo, el tratadista militar de la antigua China, Sun Tzu, recomendaba que “un ejército, aunque pueda ser atacado, no debe serlo si las circunstancias son desesperadas y el enemigo está dispuesto a luchar hasta la muerte”, porque “la doctrina militar enseña que una fuerza que rodea a otra deja una brecha para mostrar a las tropas cercadas que existe una salida, de forma que no estén dispuestos a batirse hasta la muerte”.¹⁴ En otras palabras, no es sabio el general que obliga al enemigo a combatir sin la esperanza de poder caer prisionero o huir con vida, porque entonces combatirá con la mayor bravura para preservar su existencia y vencerlo costará muchas vidas al atacante. Y lo cierto es que en muy pocas épocas y culturas se han librado las guerras con la perspectiva de aniquilar por completo al enemigo. Especialmente a partir del siglo xviii y hasta antes de la Primera Guerra Mundial, las reglas del combate en el mundo occidental se habían “civilizado” bastante a este respecto.

Abandonando la subjetividad, de lo que estamos seguros es de que, como cualquier hecho histórico, la caída de Huerta no tiene una explicación unicausal, ya que también se debe tener en cuenta la falta de armas y dinero, causados por el embargo impuesto a los federales en la frontera norte, por el gobierno de Woodrow Wilson, así como por la ocupación estadounidense del puerto de Veracruz, que impidió la llegada de armamento desde Europa, así como la obtención de recursos económicos a través de la aduana.

Numerosos hechos dan cuenta de la valía militar de los altos mandos federales. El 28 de noviembre de 1911, Emiliano Zapata se pronunció con el Plan de Ayala contra el gobierno de Francisco I. Madero, cansado de la cruel hostilización que había sufrido por parte del Ejército Federal —especialmente por parte del general de brigada Victoriano Huerta— durante el interinato de Francisco León de la Barra, y molesto por la postergación del reparto agrario prometido en el *Plan de San Luis*.

¹³ Tablada, *La defensa social*, p. 41.

¹⁴ Sun Tzu, *El arte de la guerra*, pp. 71 y 98.

El presidente Madero autorizó al secretario de Guerra, general de brigada José González Salas, para dirigir operaciones contra los revolucionarios morelenses. Lejos de mostrarse cobardes, los federales —dirigidos sucesivamente por el general brigadier Arnoldo Casso López y el general de brigada Juvencio Robles—, combatieron a los zapatistas con ferocidad, agrediendo a la población civil no combatiente, lo que exacerbó aún más la situación.¹⁵ Por ello, en agosto de 1912 Madero eligió al general brigadier Felipe Ángeles, reputado por su humanidad, para pacificar Morelos.¹⁶

Poco antes, el 16 de noviembre de 1911, el general de división retirado Bernardo Reyes se había pronunciado en San Antonio, Texas, con el Plan de la Soledad, y cruzó la frontera el 5 de diciembre, pero como nadie lo secundó, especialmente ningún militar, se presentó decepcionado ante el jefe de rurales Plácido Rodríguez, en Linares, Tamaulipas, para ser remitido poco después al Distrito Federal, donde enfrentó la prisión y un consejo de guerra. Al iniciar 1912 se pronunciaron los hermanos Francisco y Emilio Vázquez Gómez (enero), con el Plan de Tacubaya, así como el general brigadier irregular Pascual Orozco (marzo), con el Plan de la Empacadora. El Ejército Federal se movilizó y luego de un revés inicial logró imponerse sobre la rebelión orozquista, salvando al gobierno maderista de una gran amenaza. Finalmente, en octubre de ese año el ex general brigadier Félix Díaz Prieto se sublevó en compañía de la guarnición del puerto de Veracruz y fuerte de San Juan de Ulúa. El general de brigada Joaquín Beltrán fue enviado a someterlo, cosa que logró en cuatro horas de combate.

Resulta evidente que durante este periodo los militares federales cumplieron con su deber, sin intimidarse ante los enemigos del gobierno. También es obvio que la edad de sus altos mandos no les impidió llevar a

¹⁵ Casso López trató de combatir a los zapatistas de manera frontal, como lo había hecho Huerta, pero las tácticas guerrilleras y el apoyo popular lo hicieron fracasar. Robles, en cambio, siguió tácticas encaminadas a socavar la guerrilla, quemando pueblos, deteniendo y ejecutando civiles —incluidos mujeres y niños— de manera arbitraria, a fin de minar la base de apoyo zapatista. Urbina, “La ‘guerra interior’”, pp. 168-171.

¹⁶ Mendoza y Magaña, “El ejército mexicano 1860 a 1913”, pp. 338-339.

cabo sus tareas con eficacia. Por otra parte, lejos de manifestar fidelidad a la dictadura caída, demostraron estar comprometidos con el nuevo régimen de origen revolucionario, por ello, dejaron a su suerte al otrora popular caudillo Bernardo Reyes, así como al sobrino del dictador.¹⁷ Sin embargo, hubo algunos desafectos que conspiraron para derrocar a Madero. Los generales de brigada retirados Gregorio Ruíz, de filiación reyista y Manuel Mondragón, de filiación científica, se aliaron para liberar de la prisión a Reyes y Díaz, a fin de intentar un cuartelazo.

En la historiografía tradicional se trasmina de manera implícita la interpretación de que las asonadas del 9 y 18 de febrero de 1913, fueron una expresión de la voluntad de la mayoría de los militares federales, que deseaban restaurar el porfirismo, en tanto que los que apoyaban a Madero eran una excepción. Pero vistas las cosas de cerca, se alcanza a percibir que durante el tiempo que duró la llamada Decena Trágica, la mayoría de los militares que concurrieron al Distrito Federal, lo hicieron con el fin de combatir a los infidentes y sostener el orden legal. Por ello, Huerta tuvo que escoger con cuidado a quienes podía involucrar en el golpe del 18 de febrero. Asimismo, el día de su cuartelazo contra Madero, hizo arrestar a varios generales que sabía leales al orden.¹⁸

Finalmente, el 19 de febrero, cuando comunicó a los gobernadores, así como a los comandantes de zonas y plazas militares que había tomado

¹⁷ Al parecer los generales brigadieres Higinio Aguilar y Melitón Hurtado estaban en contacto con Reyes y habían conspirado para asesinar a Madero, pero fueron detenidos por el entonces inspector general de la Policía del Distrito Federal, coronel Vito Alessio Robles. Supuestamente también estaban conspirando en favor de Reyes los coroneles José Camacho, Santos Cavazos, Francisco A. Chapa, Antonio Villarreal Cavazos, así como los capitanes Bravo, Juan Marino y Palacios y el teniente de artillería Luis Lavalle Bassó, pero el hecho es que a la hora de la verdad ninguno de ellos actuó, excepto Chapa, quien estaba entre los cinco o siete seguidores que acompañaron a Reyes durante su brevísima rebelión. Urbina, “La ‘guerra interior’”, pp. 157-158.

¹⁸ Bernardo Ibarrola ha señalado a este respecto: “Sus movimientos [los de Reyes y Díaz] no eran consecuencia, pues, de una actitud de rechazo generalizado a Madero por parte del Ejército Federal que, a pesar de las extraordinarias tensiones sufridas desde finales de 1910, mantuvo siempre un bajo perfil político”. Ibarrola, “De Ciudad Juárez a la Ciudadela”, p. 106.

el poder “con autorización del senado”, se topó con respuestas que le hicieron ver que el Ejército no lo respaldaría a menos que diera un cariz legal a su cuartelazo. Por ello presionó a Madero y Pino Suárez para que presentaran sus renunciaciones a la presidencia y vicepresidencia, y también permitió que Pedro Lascuráin Paredes asumiera el gobierno por 45 minutos, lo que ha sido objeto de mofa, pero no de suficiente análisis.

ANTES DE LA DECENA TRÁGICA

Los autores de este texto coincidimos parcialmente con Alicia Hernández en “Origen y ocaso del ejército porfiriano”, en que la rápida victoria de la revolución maderista no se debió a que el Ejército hubiera sido derrotado completamente por los rebeldes, sino a que Porfirio Díaz era consciente de que la falta de una reserva que movilizar para contar con suficientes efectivos, haría muy difícil dominar una rebelión tan extensa, y que por ello decidió entrar en negociaciones con los insurgentes, para evitar un derramamiento de sangre y destrucción material innecesarios, así como el desmantelamiento del sistema político que había tardado 30 años en construir.¹⁹

Los Tratados de Ciudad Juárez aseguraron la preservación del Ejército Nacional o Federal, el cual asumió el papel de garante del nuevo orden democrático que los revolucionarios maderistas trataron de establecer. Este Ejército, dividido en “permanente” y “auxiliar”, había estado en proceso de construcción institucional y profesionalización desde el triunfo republicano en 1867, estando entre sus progresos el restablecimiento del Colegio Militar, el establecimiento del Departamento y Cuerpo Especial de Estado Mayor, de una Comisión Geográfico Exploradora, de una Escuela Militar de Aspirantes, así como la publicación de una Ley Orgánica del Ejército, de un Reglamento de la Secretaría de Guerra y Marina, un Reglamento de etapas, entre otros.²⁰

¹⁹ Hernández, “Origen y ocaso del ejército porfiriano”, pp. 287-288; Álvarez y Celis, “Desarrollo institucional del ejército porfirista”, pp. 115-118.

²⁰ Álvarez y Celis, “Desarrollo institucional del ejército porfirista”, pp. 96-98 y 104.

Después de las más de cuatro décadas que duraron la República Restaurada y el Porfiriato, los generales y jefes del Ejército, tanto los formados en las fuerzas auxiliares como los egresados del Colegio Militar, interiorizaron el deber de defender al gobierno legalmente establecido. Por ello permanecieron leales a la administración maderista durante 1911 y 1912.²¹ Pero las rebeliones de ese periodo no sólo pusieron a prueba la fidelidad de los militares, sino también su capacidad. Sin duda alguna, la campaña orozquista fue la gran oportunidad del Ejército para demostrar su eficacia.

Orozco se sublevó sin previo aviso y batió a su antiguo compañero de armas Francisco Villa en las afueras de Chihuahua el 3 de marzo de 1912. En los días siguientes Benjamín Argumedo tomó Mapimí, Durango. El 20, Orozco avanzó sobre Hidalgo del Parral. Para entonces el presidente Madero había ordenado la movilización de las fuerzas gubernamentales, cuyo mando fue solicitado por el secretario de Guerra González Salas, quien arribó con los 2,150 hombres de la División del Norte a Torreón. Entre el 23 y 24 de marzo, auxiliado por los generales brigadieres Fernando Trucy Aubert y Aureliano Blanquet, marchó por tren a Rellano, donde fue atacado sorpresivamente por los 6,000 hombres de Orozco, Emilio Campa y José Inés Salazar, quienes les causaron muchas bajas, especialmente al lanzar una máquina loca²² contra los trenes federales. El combate duró de las 10:00 a.m. a la 1:00 p.m., y se cobró sólo un 9% de bajas entre las fuerzas gobiernistas, pero aterrado por los ataques que le depararía la prensa, González Salas se suicidó. Un día más tarde, el 25 de marzo, Orozco lanzó su Plan de la Empacadora, donde dio a conocer su plan político y social y asumió el mando supremo del “Ejército Nacional Revolucionario”.²³

El nuevo secretario de Guerra, general de brigada Ángel García Peña, recomendó al presidente Madero designar como comandante de

²¹ Véase Urbina, “La ‘guerra interior’”.

²² Locomotora enviada sin conductor contra un convoy, a veces cargada con explosivos.

²³ Figueroa, *Veinte meses de anarquía*, p. 106; Ruiz D., “El movimiento orozquista”, pp. 373, 375. Mendoza y Garfías, “El ejército mexicano de 1860 a 1913”, pp. 340-342.

la División del Norte²⁴ a su antiguo compañero de aulas en el Colegio Militar, el general de brigada Victoriano Huerta. Éste concentró 4,800 efectivos en Estación Bermejillo, donde además de los generales Trucy Aubert y Blanquet, recibió el refuerzo de los generales brigadieres Joaquín Téllez y Antonio Rábago. Sus fuerzas también comprendieron cuerpos irregulares al mando de revolucionarios como el brigadier Francisco Villa, el coronel Tomás Urbina, el teniente coronel Manuel Chao y el mayor Maclovio Herrera. De acuerdo con Ángeles Ruiz, más refuerzos continuaron llegando al cuartel general y el efectivo llegó a alcanzar los 8,000 elementos, aunque de acuerdo con los generales Mendoza Vallejo y Garfias Magaña los federales nunca pasaron de 4,800.²⁵

En el último movimiento ofensivo orozquista los “colorados”, mandados por José Inés Salazar se internaron en la Sierra Mojada de Coahuila y en los primeros días de mayo atacaron la villa de Cuatro Ciénegas, defendida por los tenientes coroneles irregulares Pablo González y Jesús Carranza, quienes tuvieron que retroceder hasta Puerto del Carmen. Poco después fueron reforzados por el general Trucy Aubert, con tres trenes de infantería y piezas de artillería, de modo que el 6 de mayo recuperaron Cuatro Ciénegas e hicieron retroceder a Salazar.²⁶

El 9 de mayo el general Rábago, comisionado para restablecer las líneas telegráficas cortadas y reconstruir los puentes quemados, batió una partida de orozquistas en Tlahualilo, Durango. El 12, Huerta avanzó con el grueso de su división hasta Cañón de Conejos, donde infligió una importante derrota a Orozco —acompañado por Marcelo Caraveo, Lorenzo Alaníz, José de Jesús (Cheché) Campos, Luis Fernández, José Flores Alatorre y Pascual Orozco padre—, a quien persiguió hasta Rellano, donde lo volvió a batir después de dos días de combate (22 a

²⁴ Esta fue la División del Norte original. Después Villa retomaría el nombre para su propio contingente en la lucha contra Huerta. Así pues, hubo una División del Norte federal y una constitucionalista.

²⁵ Mendoza Vallejo y Garfias Magaña, “El ejército mexicano de 1860 a 1913”, pp. 342-344; Ruiz D., “El movimiento orozquista”, p. 378.

²⁶ Taracena, *Venustiano Carranza*, p. 61; Ruiz D., “El movimiento orozquista”, pp. 378-379.

23 de mayo). En el encuentro de Conejos, Orozco sufrió 600 bajas (400 muertos y 200 heridos), además de perder 107 vagones de ferrocarril, tres locomotoras, tres cañones, siete tubos lanzabombas, 550 caballos, todo su vestuario y municiones, en tanto que Huerta sólo sufrió 115 bajas, 40 muertos y 75 heridos. En la batalla de Rellano, que duró 23 horas, los rebeldes perdieron 650 hombres entre muertos y heridos, tres cañones, seis tubos lanzabombas y buena parte de su caballada, mientras que los federales perdieron 140 hombres entre muertos y heridos. El 17 de junio, una avanzada dirigida por el general Rábago hizo retroceder en La Cruz a 2,000 hombres al mando de Antonio Rojas y Luis Fernández. El 3 de julio Huerta volvió a enfrentar al caudillo rebelde en el Cañón de Bachimba, donde le infligió una nueva derrota, causándole 320 bajas entre muertos y heridos y haciéndole perder 70 caballos, dos tubos lanzabombas, así como 80,000 cartuchos; los federales perdieron 80 hombres. Orozco no se rindió, pero a partir de este punto se vio obligado a reducir sus maniobras a operaciones guerrilleras. El último combate formal que pudieron librar sus fuerzas fue del 4 al 5 de agosto en Balleza, donde el teniente coronel irregular Manuel Chao, reforzado por el teniente coronel permanente Teodoro Jiménez Riveroll, logró batir a los rebeldes y tomar dicha población.²⁷

El Ejército Federal había demostrado su capacidad y fidelidad, por lo que el general Huerta habría esperado ser premiado con el ascenso a general de división y el nombramiento como secretario de Guerra, pero en lugar de esto, fue sometido a una investigación por malversación de los recursos usados en la campaña. La antipatía que Madero le había cobrado por su conducta contra los zapatistas y su connivencia con León de la Barra durante el interinato estaba muy viva.²⁸ De todas formas, Madero fue hecho recapacitar por sus consejeros y desistió de investigar

²⁷ Tablada, *La defensa social*, pp. 25, 27, 30, 46, 50-59, 60-63, 64, 70-77, 78-80; Mendoza y Garfías, “El ejército mexicano de 1860 a 1913”, pp. 344, 346-347.

²⁸ Carta dirigida por Madero a Huerta el 2 de noviembre de 1911, transcrita en Arnaiz, *Madero y Pino Suárez*, pp. 137-139; Bryan, “Politics in Transition”, pp. 300-301; Urbina, “La ‘guerra interior’”, pp. 126-129.

a Huerta, promovándolo a general de división.²⁹ Pero el daño ya estaba hecho, por lo que el general jalisciense pidió su retiro.³⁰

Antes de concluir el año, la lealtad de las fuerzas armadas federales volvió a ser sometida a prueba. El 15 de octubre de 1912 el ex general brigadier Félix Díaz, apoyado por los coroneles José Díaz Ordaz y Agustín F. Migoni, así como por el 21º Batallón de Infantería y parte del 39º Cuerpo de Rurales, marchó de Orizaba al puerto de Veracruz, del cual se apoderó, tras tomar por sorpresa al comandante accidental del puerto y del fuerte de San Juan de Ulúa, general brigadier José María Hernández. Los rebeldes recibieron la adhesión de la guarnición, compuesta por la batería fija de artillería, parte de los Batallones 19º y 39º de Infantería, el 12º Cuerpo Rural y la oficialidad de las naves surtas en el puerto, encabezada por el capitán de fragata Alejandro Baez. No obstante, el comodoro Manuel Azueta logró abandonar tierra y abordar el cañonero Morelos, donde destituyó a los oficiales que habían desembarcado en condición rebelde y asumió el mando de las tripulaciones de las naves, en espera de órdenes para operar contra los pronunciados. Díaz ya no era general, porque había pedido su baja absoluta, ya que no quería servir al gobierno revolucionario. Una vez apoderado del puerto jarocho, Díaz publicó dos manifiestos, uno dirigido a la población y otro al Ejército. En este último declaró que la disciplina tenía como límite el bien supremo de la patria, de modo que instaba a sus antiguos correligionarios a romper con su deber militar de obedecer al gobierno.³¹

²⁹ González, *Bernardo Reyes*, p. 138.

³⁰ De acuerdo con el entonces capitán Rafael Romero López, hubo un malestar generalizado entre la oficialidad de la División del Norte, porque el gobierno ascendió a quienes habían participado en la derrota de Rellano, al lado de González Salas, mientras que a los que habían triunfado bajo el mando de Huerta, se les dejó sin premio alguno. Entrevista a dicho personaje por la doctora Eugenia Meyer, citada en Saborit, *Febrero de Caín y de metralla*, pp. 344-345.

³¹ Figueroa, *Veinte meses de anarquía*, p. 194. Garfias, “Aspectos militares de la sublevación”, pp. 389-390; Santín, “El intento restaurador de Félix Díaz”, pp. 385-386; Mendoza y Garfias, “El ejército mexicano de 1860 a 1913”, p. 348; AHSN, *Operaciones militares*, xi/481.5/88, f. 1056.

En respuesta, el gobierno ordenó cortar toda comunicación terrestre y marítima con Veracruz. El secretario de Guerra, García Peña, volvió a recomendar al presidente Madero que designara para mandar esta nueva campaña a otro compañero suyo del Colegio Militar, el general de brigada Joaquín Beltrán. Este último admitió, años después en sus memorias, que consideraba a Madero “un loco de elección popular hechura de los yanquis”.³² No obstante, hizo a un lado su opinión y marchó con los generales brigadieres Agustín A. Valdés, Celso Vega, Manuel Zozaya, Rafael Dávila y Gustavo Adolfo Maass para batir a los infidentes. El efectivo de su Brigada Mixta de Operaciones constaba de 12 jefes, 77 oficiales, 1,996 individuos de tropa, 10 piezas de artillería, siete ametralladoras, 225 caballos y 198 acémilas.³³

Ya en el teatro de operaciones (17 de octubre), Beltrán situó su cuartel en Tejería, desde donde observó que los rebeldes no tenían ningún dispositivo de defensa evidente. Poco después, el 19 de octubre, recibió un mensaje del cónsul estadounidense William W. Canada, transmitido por Díaz, solicitando una reunión, a lo que Beltrán accedió. Ya reunidos el Cuerpo Consular pidió que no se bombardeara la ciudad ni se combatiera en sus calles, pero Beltrán les hizo saber que no podía prometer tal cosa. Posteriormente instó a los diplomáticos a tomar precauciones para proteger las personas de sus conciudadanos, pues había fijado el ataque contra los rebeldes para el 23 de octubre a las 5:00 a.m., a lo que se le respondió que los extranjeros se situarían en el muelle número 4, donde estaba anclado el crucero estadounidense *uss Des Moines*. Poco después, Beltrán recibió orden de Madero de atacar sin demora, antes de que la tripulación del crucero *Des Moines* interviniera en favor de Díaz. En efecto, el 22 de octubre el comandante del buque, Charles Frederick Hughs, amenazó con disparar sus cañones contra las fuerzas gobiernistas,

³² Citado en Taracena, *Madero*, p. 172.

³³ Santín, “El intento restaurador de Félix Díaz”, p. 385. Mendoza y Garfias, “El ejército mexicano de 1860 a 1913”, pp. 348-349. *AHSDN*, Operaciones militares, XI/481.5/88, ff. 1018-1020 y 1045.

en caso de que estas atacaran zonas neutrales donde estaban refugiados los ciudadanos estadounidenses.³⁴

Ese mismo día, Díaz envió a Beltrán una comunicación en que lo responsabilizaba por las muertes inocentes que ocasionaría la lucha y acusaba al gobierno maderista de estar dispuesto a sacrificar vidas y haciendas, tanto de nacionales como de extranjeros, con tal de permanecer en el poder. Al día siguiente, 23 de octubre a las 4:30 a.m., Beltrán recibió un mensaje de Díaz, en el que lo invitaba a unírsele. Entre otras cosas, le recordaba la camaradería que debía haber entre ambos como egresados del Colegio Militar. Asimismo, le garantizaba que contaba con el apoyo de los estadounidenses. Esto, lejos de ganar la simpatía de Beltrán, la alienó, pues al prurito de disciplina militar, por el cual defendía a un presidente que no le simpatizaba, se unió su nacionalismo anti-yanqui.³⁵ De modo que Beltrán le respondió a Díaz en estos términos:

Son las instituciones, las que han costado sangre carísima y si el gobierno que de ellas emana es una consecuencia de aquéllas y el país ha cometido un error o ha hecho bien, la Historia lo juzgará y en todo caso, el individuo que como yo no tiene más elementos de vida que su carrera y no ha podido solicitar su baja ¿qué hace siendo militar?...lo que estoy haciendo, cumplir con mi deber y usted comprende esto mejor que nadie. Su baja del Ejército es ante usted mi mejor justificación. A mi deber he sacrificado mi bienestar...He sido honrado...estoy muy pobre...A mi deber sacrifico mis afecciones o simpatías...continúo honrado. A mi deber quizá quedará sacrificada mi familia. Seguiré siendo honrado.³⁶

³⁴ Taracena, *Madero*, pp. 171-175 y 177; AHSDN, Operaciones militares, XI/481.5/88, f. 1018 y 1035.

³⁵ Taracena, *Madero, víctima...*, p. 174; AHSDN, Operaciones militares, XI/481.5/88, f. 1040; Mendoza Vallejo y Garfias Magaña, "El ejército mexicano de 1860 a 1913", p. 348.

³⁶ Tomado de Mendoza Vallejo y Garfias Magaña, "El ejército mexicano de 1860 a 1913", p. 348.

Las palabras de Beltrán son ilustrativas. Ejemplifican muy bien la asimilación de la ética profesional militar, por la cual los miembros del Ejército consideraban que su deber era sostener al gobierno legal, sin juzgar su bondad o maldad, e independientemente de si el titular del Ejecutivo les inspiraba simpatía o no. Al parecer, también alude a la condición de exgeneral de Díaz, como prerrequisito para que un militar pudiera mezclarse en política y obrar según su parecer personal. Si se hace memoria, se recordará que Bernardo Reyes ya no estaba en servicio activo cuando se sublevó en noviembre de 1911, y que Gregorio Ruíz y Manuel Mondragón también estaban retirados cuando participaron en la asonada del 9 de febrero de 1913. Así pues, era más fácil para un militar porfirista de alto rango rebelarse estando en retiro o con baja absoluta, que en servicio activo.

Esta mentalidad profesional fue evidenciada también en las palabras dirigidas por el general Beltrán a Madero el 10 de junio de 1911, cuando el primero era director del Colegio Militar de Chapultepec y el segundo candidato a la presidencia. Beltrán le aseguró que el Ejército siempre estaría dispuesto a sostener al gobierno constituido.³⁷ El 6 de agosto siguiente, en el banquete con motivo de la jura de bandera del 32° Batallón de Infantería en el monumento a la Independencia, Madero aludió a las palabras de Beltrán en estos términos:

[...] en esto surge una gran dificultad: ¿cuándo un gobierno es constitucional y cuándo deja de serlo? Indudablemente que si fuese el ejército a quien correspondiera decir cuándo era un gobierno constitucional y cuándo dejaba de serlo, sería una amenaza para las instituciones que el ejército fuera ley suprema de la república. /También, señores, lo hemos visto, es un grave peligro para la patria, que debido a la disciplina se apegue tan estrictamente, que en muchos casos se vea obligado a defender a un gobierno que no representa ya a la ley...³⁸

³⁷ Urbina, “La ‘guerra interior’”, p. 76.

³⁸ Urbina, “La ‘guerra interior’”, pp. 81-82.

Aunque a Madero le preocupaba que el Ejército se arrogara la autoridad para decidir a quién obedecer, también le inquietaba que justo por su sentido estrecho de lealtad al orden legal, fuese incapaz de juzgar la legitimidad de un gobierno que aparentemente llenara las formas de la legalidad.

Pero volvamos a la narración. Tal vez por tener que responder al mensaje de Díaz, el ataque se retrasó una hora. Fue hasta las 6 a.m. que las fuerzas de Beltrán avanzaron sobre la plaza de Veracruz divididas en cuatro columnas, al tiempo que por mar se movilizaban los cañoneros Bravo, Morelos y Veracruz, con las corbetas Zaragoza y Yucatán, así como el transporte Melchor Ocampo, bajo el mando en jefe del comodoro Azueta. La acción duró cuatro horas y media, y las bajas mortales de ambos bandos ascendieron en total a 30 y una cantidad semejante de heridos. La oposición de los rebeldes fue pequeña, debido a que como Díaz creyó que contaría con los estadounidenses, así como que Beltrán y el resto del Ejército se le unirían, no tomó prácticamente ninguna medida defensiva. Félix Díaz fue aprehendido en el Palacio Municipal, por el teniente coronel Eduardo Ocaranza. Permaneció preso en San Juan de Ulúa, donde enfrentó un consejo de guerra extraordinario, formado por los generales Rafael Dávila, Gustavo A. Maass, Celso Vega, coronel Francisco Figueroa y capitán de navío Carlos Trujillo, quienes condenaron a muerte a Díaz, pero como sus defensores apelaron a la Suprema Corte de Justicia en busca de un amparo, debido a la condición de ex militar de Díaz,³⁹ la sentencia quedó suspendida. En enero de 1913 Díaz fue transferido de Ulúa a la penitenciaría de Lecumberri, en el Distrito Federal, según una versión para que no fuera liberado por sus simpatizantes, al estar vigilado de cerca en la capital del país; pero de acuerdo con otra versión, Díaz fue transferido a instancias de su abogado defensor, Rodolfo Reyes, justo para facilitar su labor conspirativa.⁴⁰

³⁹ Como ex militar, Díaz podía ser considerado un civil y por tanto no debía ser juzgado conforme con las leyes marciales.

⁴⁰ Reyes, *De mi vida*, p. 197. Mendoza y Garfias, “El ejército mexicano de 1860 a 1913”, p. 349; Garfias, “Aspectos militares de la sublevación”, pp. 391-393; Figueroa, *Veinte meses de anarquía*, p. 211; AHSN, Operaciones militares, XI/481.5/88, f. 1024.

DURANTE LA DECENA TRÁGICA

La presencia de Félix Díaz en la Ciudad de México dio pie a que los opositores al régimen revolucionario se aliaran en una gran conspiración, dejando atrás sus viejas rivalidades. Los reyistas, encabezados por Rodolfo Reyes Ochoa, Samuel Espinosa de los Monteros, David Reyes Retana, Antonio Márquez, Manuel Garza Aldape y el general de brigada retirado Gregorio Ruíz se acercaron a personajes vinculados con los antiguos científicos, como Cecilio Ocón, Ignacio de la Torre y Mier, así como los generales brigadier Manuel M. Velázquez y de brigada retirado Manuel Mondragón, quienes habían estudiado en el Colegio Militar. Mondragón, en particular, había lucrado con contratos celebrados con el gobierno federal para abastecer al Ejército de armamento.⁴¹ Este último personaje asumió el papel de representante de Díaz. También se involucraron los civiles José Bonales Sandoval, Víctor Velázquez, Miguel Mendizábal, Pedro Duarte, Felipe Chacón, Abel Fernández, Salvador Saviñón, Carlos Díaz Dufoo —director de *El Imparcial*— Celso Acosta, Guillermo Casas, Martín Gutiérrez Zamora, Leopoldo Batres, Rafael de Zayas Enríquez Jr. y Francisco Fernández Castelló —hijo de Justino Fernández, miembro del gabinete de Porfirio Díaz.

Conscientes de que la vía de la rebelión no había funcionado ni para Reyes ni para Díaz, los conspiradores trataron de involucrar a la mayor cantidad posible de militares en activo para fraguar un cuartelazo. De acuerdo con una versión, uno de sus puntos de reunión era la casa del general brigadier Mariano Ruíz en Tacubaya.⁴² De acuerdo con otra versión, parte de la oficialidad que sirvió en la campaña orozquista, encabezada por los capitanes Rafael Romero López y Santiago Mendoza, se puso a conspirar por su propia cuenta. De acuerdo con el testimonio de uno de estos oficiales su motivación para darle la espalda al gobierno era la siguiente: “Así que hay que decir que la rebeldía contra Madero nació en Chihuahua. Porque mientras que a los derrotados de González

⁴¹ Urbina, “La ‘guerra interior’”, pp. 79, 141-142; Niemeyer, *El General Bernardo Reyes*, p. 227; Reyes, *De mi vida*, pp. 198-199, 208 y 224.

⁴² Stanley R. Ross citado en Arnaiz, *Madero y Pino Suárez*, p. 151.

Salas los ascendió, a nosotros que recuperamos Chihuahua, además de no ascendernos, Madero nos insultaba. La gestación del movimiento de la Ciudadela no ocurrió en la capital, fue en Chihuahua”.⁴³

Este grupo de oficiales se acercó al general de brigada Antonio Rábago para ofrecerle el mando de una asonada, cuyo objetivo sería aprehender al presidente en Palacio Nacional y de paso al general de brigada Joaquín Téllez, a quien odiaban, pero al enterarse del fracaso de Félix Díaz en Veracruz, decidieron posponer sus planes. Después le ofrecieron el mando a Huerta, pero este también les ordenó esperar y, por tanto, se unieron a la conspiración reyista-felicista.⁴⁴ Lo cierto es que los conjurados buscaron la participación de Victoriano Huerta —quien había sido muy cercano a Bernardo Reyes durante el Porfiriato— pero este nunca se terminó de involucrar en los planes golpistas.⁴⁵ Aparentemente también estuvieron en pláticas con representantes del general brigadier Higinio Aguilar y coronel Gaudencio G. de la Llave, quienes se encontraban declarados en abierta rebelión contra el gobierno.⁴⁶

Los conspiradores, que en su mayoría eran civiles, lograron hacer defecionar a los 250 alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan, así como a 80 hombres del 1er Regimiento de Caballería, al mando del coronel Luis Gonzaga Anaya, junto con 80 hombres y ocho piezas de los Regimientos 2º y 5º de Artillería, al mando del teniente coronel Gabriel Aguillón, todos acuartelados en San Diego Tacubaya; también sedujeron a una compañía de ametralladoras y una sección de artillería del Cuartel de la Libertad, así como al 3º y 4º Regimientos de Artillería acuartelados en San Lázaro; finalmente, contaron con

⁴³ Rafael Romero López en Saborit, *Febrero de Caín y de metralla*, p. 354.

⁴⁴ Rafael Romero López en Saborit, *Febrero de Caín y de metralla*, pp. 345-346 y 349. Hay que señalar que este testigo es muy arrogante y le atribuye al grupo de oficiales del que formaba parte el designar a los generales Ruíz, Mondragón y Eduardo M. Clauz jefes de la conspiración, lo cual es totalmente absurdo.

⁴⁵ Rafael de Zayas a su hermano Marius, México, 24 de agosto de 1913, en Saborit, *Febrero de Caín y de metralla*, pp. 332-335; Niemeyer, *El General Bernardo Reyes*, pp. 228 y 230-231; Reyes, *De mi vida*, pp. 206 y 209.

⁴⁶ Rafael de Zayas en Saborit, *Febrero de Caín y de metralla*, p. 336.

la complicidad del 20° Batallón de Infantería, que custodiaba Palacio Nacional, junto con algunos elementos del Escuadrón de Guardias de la Presidencia, la mayor parte del cual permaneció fiel al gobierno, y cuyos miembros estaban ignorantes de lo que se avecinaba. Los coroneles Ángel Vallejo —director de la Escuela de Aspirantes— y Juan G. Morelos —jefe del 20° Batallón—, también permanecieron fieles al gobierno.⁴⁷

A pesar de que el brazo armado de la conjura fueron varias de las tropas acuarteladas en las proximidades de la Ciudad de México, es un hecho que sólo un general en servicio activo participó en la asonada del domingo 9 de febrero de 1913, a saber, el brigadier Manuel M. Velázquez. Tanto Ruíz como Mondragón estaban ya retirados, de modo que los militares en servicio que defecionaron fueron todos de coronel hacia abajo, siendo la mayoría oficiales (capitanes y tenientes). Por otra parte, fueron muchos los militares que permanecieron firmes en sus puestos y por ello la intentona fracasó, puesto que se dispuso de suficientes elementos de tropa y oficialidad para contraatacar. De modo que sólo parte de la oficialidad del Distrito Federal, y no toda ella, se involucró de manera decidida en la asonada.⁴⁸

El primer traspíe sufrido por los golpistas se debió a que el comandante militar del Distrito Federal, general de división Lauro Villar, permaneció ajeno a la conspiración a pesar de haber pertenecido en el pasado al grupo reyista. Este personaje fue alertado durante la madrugada por el mayor Emiliano López Figueroa, inspector de policía del distrito, acerca de la movilización de fuerzas en Tlalpan y Tacubaya, así que luego de confirmar lo que acontecía, se presentó en el cuartel del 24° Batallón, a espaldas de Palacio Nacional y con su apoyo, así como el del general de brigada José Delgado, del brigadier Eduardo M. Cauz, del coronel Juan G. Morelos, del mayor Castro Argüelles, del mayor Juan Manuel Torrea y parte del 1er Regimiento de Caballería, recuperó Palacio Nacional, apresando a los aspirantes que se habían posesionado

⁴⁷ Benavides Hinojosa, *Bernardo Reyes*, p. 337; Mendoza Vallejo y Garfías Magaña, “El ejército mexicano de 1860 a 1913”, p. 350; Garfías Magaña, “Aspectos militares de la Decena Trágica,” pp. 444 y 446; Figueroa Domenech, *Veinte meses de anarquía*, p. 230.

⁴⁸ Cf. Urbina, “La guerra interior”, p. 210, nota 353.

del inmueble. También puso en libertad al secretario de Guerra García Peña, quien había sido herido y capturado allí por los rebeldes; asimismo, liberó a Gustavo A. Madero. A continuación, dispuso la defensa de Palacio, con dos filas de tiradores con una rodilla a tierra, así como dos ametralladoras, una de las cuales fue operada por el capitán de fragata e intendente de Palacio, Adolfo Bassó. El mayor Torrea se dispuso con elementos montados sobre la calle de Corregidora.⁴⁹

El general Gregorio Ruíz arribó a palacio justo después, y fue detenido por Villar. Durante la breve conversación que medió entre ambos generales reyistas, Villar explicó las razones por las que permaneció fiel al gobierno de Madero, tal como antes lo había sido a los de Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz. Según Juan Manuel Torrea, Villar le relató el episodio en estos términos:

[...] se desprendió el General de Brigada Gregorio Ruiz y atravesando la calle se dirigió hacia mí; poco antes de que llegara avancé tres metros para encontrarlo; después de saludarnos, él a caballo, me invitó a secundar el movimiento defecionando a mi Gobierno. Me manifestó que contaba con muchos elementos de hombres, armas y artillería y además de las fuerzas que él traía, que eran mucho mayores que las mías, venía ya sobre la plaza con fuerzas de las tres armas el General de División Bernardo Reyes, con los Generales Manuel Mondragón, Félix Díaz, y otros. Concluida la proposición del General Ruíz le contesté *que por ningún motivo defecionaría ni traicionaría al Ejército y al Gobierno General del Presidente Madero y que a los militares no nos correspondía ni criticar, ni murmurar, ni entrometernos en asuntos políticos, que por lo tanto mi deber era defender y sostener al Gobierno*

⁴⁹ Torrea, *La Decena Trágica*, p. 73; Garfías Magaña, “Aspectos militares de la Decena Trágica”, pp. 448-449; Mendoza y Garfías, “El ejército mexicano de 1860 a 1913”, p. 350; Romero López en Saborit, *Febrero de Caín y de metralla*, p. 351; Urbina, “La ‘guerra interior’”, p. 211.

*constituido por las leyes, hasta perder la vida y que nadie me haría
faltar a mis deberes [...].*⁵⁰

Se pudiera considerar la actitud del general Villar como excepcional, pero no lo fue, como lo muestra el caso de Joaquín Beltrán. Edgar Urbina opina que esta debe ser la actitud de cualquier ejército del mundo, esto es, de uno profesional.⁵¹

Minutos más tarde llegaron a la calle de Moneda Bernardo Reyes, Félix Díaz, Manuel Mondragón y Manuel M. Velázquez, al mando de sus fuerzas de artillería y caballería. Reyes se adelantó hacia la Plaza de la Constitución con una escolta de caballería y varios civiles, pero se topó con el dispositivo de Villar y tras ser intimado a rendirse desenfundó su pistola, provocando el fuego de los defensores. Reyes y varios de sus acompañantes cayeron muertos, así como muchos civiles que salían de misa matutina en la Catedral Metropolitana. Luego del breve, aunque sangriento combate, Villar —que había resultado herido— y su gente, junto con el cadáver de Reyes, se encerraron en palacio, lo que permitió que Díaz, Mondragón y Velázquez pasaran frente al edificio y se dirigieran al arsenal de la Ciudadela.⁵²

Al llegar a este punto, Díaz, Mondragón y Velázquez se encontraron con que el mayor de órdenes de la plaza, general brigadier Manuel P. Villarreal, había llegado con el Escuadrón de Gendarmería Montada y una compañía del Batallón de Seguridad del Distrito Federal, para dirigir la defensa del inmueble, junto con el director del arsenal, general brigadier Rafael Dávila. También se les habían unido varios obreros que se ofrecieron como voluntarios. Asimismo, frente al arsenal se encontraba el cuartel del Escuadrón de Guardias de la Presidencia, cuyos miembros fueron puestos sobre aviso por el mayor López Figueroa y ya se encontraban listos para combatir. Su comandante, el capitán Manuel M.

⁵⁰ Cursivas nuestras. Torrea, *La Decena Trágica*, p. 43.

⁵¹ Compárese con Urbina, “La ‘guerra interior’”, p. 356.

⁵² Garfias, “Aspectos militares de la Decena Trágica”, pp. 448-449; Mendoza y Garfias, “El ejército mexicano de 1860 a 1913”, p. 352; Romero López en Saborit, *Febrero de Caín y de metralla*, p. 351; Benavides, *Bernardo Reyes*, pp. 339-340.

Blázquez —hijo de un general brigadier del mismo nombre— se encontraba en Veracruz, y los siguientes al mando, capitán 2º Jesús Loreto Howell y teniente César Moya se hallaban en San Luis Potosí, por lo que el mando del cuerpo recayó en los tenientes César Ruíz de Chávez y Enrique García, así como en el subteniente Francisco L. Urquizo.⁵³

Díaz ordenó situar una ametralladora sobre el Paseo de Bucareli, a la altura del reloj chino. Ambos bandos rompieron el fuego y los felicistas que servían la ametralladora cayeron muertos. Todo indicaba que los rebeldes fracasarían una vez más, pero súbitamente se escuchó desde la Ciudadela el toque de cese al fuego. Al acercarse los representantes rebeldes, fueron informados que los oficiales y el Batallón de Seguridad habían asesinado al general Villarreal junto a los gendarmes y obreros y tomado prisionero al general Dávila, así que la Ciudadela estaba lista para recibir a los frustrados golpistas. A continuación, apuntaron una pieza de artillería contra el cuartel de Guardias de la Presidencia, e intimaron a los ocupantes a rendirse, cosa que hicieron. Poco después llegó el mayor López Figueroa, quien también fue hecho prisionero.⁵⁴

Enterado de la intentona el presidente Madero salió del Castillo de Chapultepec rumbo a Palacio, escoltado por los ayudantes del Estado Mayor del Presidente, guardias de la presidencia y los alumnos del Colegio Militar. Mientras transitaba de Avenida Juárez a Plateros (hoy Avenida Madero), militares rebeldes apostados en edificios cercanos hicieron fuego sobre la comitiva presidencial y el mandatario tuvo que refugiarse en el local de la Fotografía Daguerre. Allí se le incorporó el secretario García Peña, quien le informó que el general Villar estaba herido. Allí también se le presentó el general Victoriano Huerta, quien le ofreció sus servicios.

En la premura, Madero aceptó y Huerta quedó nombrado jefe de la columna. Poco después, ya en Palacio, Huerta recibió el mando de comandante militar de la plaza. Asimismo, al tiempo que lamentó la muerte de Reyes, el presidente autorizó el fusilamiento del general

⁵³ Urquizo, *Recuerdo que...*, pp. 41-43.

⁵⁴ Urquizo, *Memorias de campaña*, p. 20 y *Recuerdo que...*, pp. 43-44.

Ruíz, lo que fue efectuado por el capitán Aldana con asistencia del capitán ayudante de Estado Mayor del Presidente, Federico Montes. Sin embargo, Madero quedó insatisfecho con la situación y esa misma tarde se dirigió a Morelos, para pedirle al general Felipe Ángeles que lo acompañara con 2,000 de sus hombres de regreso al Distrito Federal. De todas formas, Huerta retuvo el mando, pues era general de división, en tanto que Ángeles era sólo brigadier.⁵⁵

En opinión de Juan Manuel Torrea, el secretario de Guerra García Peña debió renunciar a su cargo para asumir el mando de las operaciones y evitar a Madero la peligrosa e incómoda situación de depender de la fidelidad de Huerta.⁵⁶ Pero el hecho es que había otros divisionarios presentes en el Distrito Federal en febrero de 1913. Estaba, por ejemplo, Manuel M. Plata —a la sazón subsecretario de Guerra—, Eugenio Rascón —que había sido secretario de Guerra con León de la Barra—,⁵⁷ Clemente M. Villaseñor, José María de la Vega, Emiliano Lojero, todos los cuales estaban en servicio activo y quienes permanecieron a disposición del gobierno, sin adherirse en ningún momento a los pronunciados. Manuel González Cosío se encontraba en disponibilidad, pero debido a que había sido el último secretario de Guerra de Porfirio Díaz, no se podía contar con él. De todas formas, había varias opciones, sin contar a los divisionarios retirados Alejandro Pezo y Francisco A. Vélez.⁵⁸ Es verdad que Madero no sabía el 9 de febrero con quién contaba, pero en los días siguientes sí lo supo. Y tan incómodo estaba con Huerta al mando que, según diversos testimonios, tuvo la intención de que Ángel García Peña dejara la Secretaría de Guerra y se pusiera al mando de

⁵⁵ Garfias Magaña, “Aspectos militares de la Decena Trágica”, pp. 450-451; Mendoza Vallejo y Garfias Magaña, “El ejército mexicano de 1860 a 1913”, p. 354; Benavides Hinojosa, *Bernardo Reyes*, p. 340; Torrea, *La Decena Trágica*, pp. 213-215.

⁵⁶ Torrea, *La Decena Trágica*, pp. 57 y 196.

⁵⁷ Tal vez Madero desconfiara de él, en particular, debido a su mala relación durante el interinato, pero había otras opciones. Urbina, “La ‘guerra interior’”, pp. 98-101.

⁵⁸ Secretaría de Guerra y Marina, Departamento de Estado Mayor, Relación por antigüedad de los Generales de División, con expresión de los retirados, 10 de abril de 1913. AHSND, Operaciones militares, XI/481.5/88, f. 3. Cf. Torrea, *La Decena Trágica*, p. 206.

las operaciones con Ángeles como jefe de Estado Mayor, pero en este caso fue la poca cooperación del indolente ministro la que frustró este segundo intento de Madero por no abandonarse en manos de Huerta.⁵⁹

SECRETARIA DE GUERRA Y MARINA.			
DEPARTAMENTO DE ESTADO MAYOR.			
LISTA POR ANTIGÜEDAD DE LOS GENERALES DE DIVISION, CON EXPRESION DE LOS RETIRADOS.			
CLAS.	NOMBRES.	FECHA DE LA PATENTE D. Meses. Años.	
	Gerónimo Treviño. Queda con antigüedad de 16 de Junio de 1877, por haber disfrutado de retiro 3 meses 2 días.	13 Marzo 1877.	En día
	Ignacio A. Bravo. Queda con antigüedad de 9 de Junio de 1904, por haber disfrutado de retiro 1 año 1 mes 27 días.	12 Mayo 1903.	Jefe d
	Mamuel González Cosío. Queda con antigüedad de 5 de Octubre de 1907, por haber disfrutado de retiro 1 año, 9 meses y 6 días.	29 Diciembre 1905.	En día
	Eugenio Rascón. Queda con antigüedad de 21 de Noviembre de 1911 por haber disfrutado de retiro 5 meses 21 días.	30 Mayo 1911.	En día
	José María Mir.	27 Diciembre 1911.	Jefe d
	José María de la Vega.	27 Diciembre 1911.	En día
	Lauro Villar.	27 Diciembre 1911.	En día
	Victoriano Huerta.	30 Julio 1912.	Presid
	Emiliano Lojero.	18 Octubre 1912.	En día
	Clemente H. Villaseñor.	28 Octubre 1912.	En día
	Mamuel Mondragón.	10 Febrero 1913.	Secret
	Ignacio Salas.	17 Marzo 1913.	En día
	Aurelio Blanquet.	20 Marzo 1913.	Jefe d
R E T I R A D O S .			
	Porfirio Díaz.	14 Octubre 1863.	19
	Francisco A. Vázquez.	2 Febrero 1906.	23

Figura 1. Relación de generales de división, abril de 1913.

Así pues, Madero podía haber delegado el mando en alguien que le inspirara menos desconfianza y que no hubiera tenido roces previos con el presidente. Sin embargo, la situación de emergencia y no saber con quién podía contar, ni quiénes más dentro del Ejército estaban implicados en la intentona lo hicieron aceptar los servicios de Huerta, que se le presentaba cuando más lo necesitaba. Asimismo, la ceguera con que

⁵⁹ Urbina, “La ‘guerra interior’”, p. 232, nota 397.

Madero defendió al nuevo comandante en los días siguientes, a pesar de las distintas advertencias que le hicieron sobre su posible traición, incluido su hermano Gustavo Madero, manifiestan que el presidente se había convencido de haber juzgado mal a Huerta y de haber actuado con ingratitud luego del triunfo contra Orozco. Sin embargo, ya era demasiado tarde para una reconciliación y al mantener a Huerta en el mando, Madero se convirtió en el protagonista de su propia tragedia shakesperiana.

Sin embargo, Huerta no estuvo sólo en la dirección de las operaciones contra la Ciudadela. Además del brigadier Felipe Ángeles, tuvo bajo su mando a los generales de brigada José Delgado y Agustín Sanginés, a los brigadieres Gustavo A. Maass, Eduardo M. Cauz —ascendido en esos días a general de brigada—, Celso Vega y Alberto Yarza, así como a los coroneles Guillermo Rubio Navarrete, Carlos García Hidalgo —ascendido el 10 de febrero a brigadier—, Carlos Ocaranza y Francisco Romero, entre otros.⁶⁰ Entre el 10 y 11 de febrero llegaron al Distrito Federal numerosas fuerzas, destinadas a reforzar las operaciones contra los felicistas.

Tradicionalmente se ha considerado que Huerta envió fuerzas leales a la muerte a propósito, en preparación para su cuartelazo. La guerra falsa señalada por Bernardo Ibarrola. Asimismo, se le ha atribuido haber dirigido sus cañones contra la población civil, en lugar de contra la Ciudadela, para debilitar el apoyo a Madero.⁶¹ Lo cierto es que los felicistas poseían 120 ametralladoras, con las cuales podían defender las bocacalles que rodeaban el arsenal. Asimismo, poseían 16 piezas de

⁶⁰ Gustavo Adolfo Maass Flores era hermano de Joaquín Maass Flores —concuño de Huerta— y tío de Joaquín y Mario Maass Águila. Por otra parte, Carlos García Hidalgo y Guillermo Rubio Navarrete habían pertenecido al Estado Mayor de Huerta durante la campaña contra Orozco, así que a todos ellos se les puede considerar como adictos a dicho divisionario. En cambio, Delgado, Ángeles, Sanginés y Cauz eran ajenos al círculo íntimo de Huerta.

⁶¹ Como ya se indicó al inicio, Bernardo Ibarrola hace un recuento pormenorizado de cómo se desarrolló la historiografía de la “guerra falsa”, entre cuyos principales exponentes se puede señalar a Jesús Silva Herzog, Charles Cumberland, Stanley Ross y Michael C. Meyer. Ibarrola, “La rebelión de la Ciudadela”, pp. 162-175.

artillería —equivalentes a cuatro baterías— que habían llevado consigo, además de 40 piezas más que habían encontrado en el arsenal y que dirigieron no sólo contra Palacio Nacional, sino contra casas particulares.⁶² Por su parte, el gobierno disponía de una batería del Cuartel de San Lázaro, dos baterías de campaña traídas por Felipe Ángeles, dos más que se organizaron después, así como una sección de cañones de montaña, un mortero y un cañón aislado; es decir, en torno a 26 piezas, aunque una de estas baterías no fue operativa porque permaneció en torno a Palacio Nacional.⁶³ Finalmente, Felipe Ángeles estaba a cargo de tres baterías gobiernistas (8 piezas), así que Huerta hubiera necesitado su cooperación para dirigir deliberadamente mal el fuego de artillería. A esto hay que añadir que, en realidad, los rebeldes no sólo controlaban el inmueble de la Ciudadela propiamente dicho, sino que se habían apoderado de varias manzanas aledañas, por tanto, su posición se había hecho casi inexpugnable. Ibarrola ha notado con acierto que, lejos de asediar a la Ciudadela, las maniobras gobiernistas estaban enfocadas a detener el avance de los rebeldes, que amenazaban con alcanzar las manzanas inmediatas a Palacio Nacional.⁶⁴

En otras palabras, es difícil aseverar que —sin lugar a dudas— Huerta maniobró mal a propósito y que todo lo tenía ya planeado desde el 10 de febrero. Lo más razonable es considerar que la Ciudadela era un punto fácil de defender —como lo comprobaron los felicistas al tratar de tomar el lugar el 9 de febrero—, y que conforme avanzaron los días, Huerta decidió aprovechar este problema para ganar tiempo y entrar en pláticas con los rebeldes. De eso es de lo que no hay duda, de que Huerta entabló pláticas con Díaz y Mondragón, ayudados por la mediación del embajador estadounidense Henry Lane Wilson. Y el diálogo duró varios días, hasta que por fin se llegó a una componenda: Huerta asumiría la presidencia provisional, mientras que Díaz designaría a los

⁶² Garfias, “Aspectos militares de la Decena Trágica”, p. 454; Ibarrola, “La rebelión de la Ciudadela”, pp. 180-183.

⁶³ Torrea, *La Decena Trágica*, p. 148.

⁶⁴ Ibarrola, “La rebelión de la Ciudadela”, pp. 184-188 y plano 1.

miembros del gabinete y se postularía a la presidencia constitucional, en elecciones celebradas *exprofeso*.

Huerta ordenó el primer ataque contra la Ciudadela hasta el 11 de febrero: cargas de caballería ejecutadas por 600 elementos, en su mayoría rurales. Al final de la jornada habían caído cerca de 400 jinetes, barridos por el fuego de ametralladora. Evidenciada la imposibilidad de tomar la Ciudadela por asalto, el 12 ambos bandos intercambiaron fuego de artillería, causando muchas bajas entre la población civil; mientras que los gobiernistas poseían 11 piezas, los felicistas contaban con 46, como ya se señaló. El 13 se emprendieron ataques de infantería, efectuados por personal de los Batallones 2º y 7º. El 14 la infantería se limitó a hacer fuego desde puntos guarnecidos y fue acompañada por fuego de artillería. La jornada del 15 hubo únicamente intercambio de fuego artillero. El 16, Huerta designó al coronel Rubio Navarrete comandante general de artillería, con la encomienda de concentrar sus fuegos sobre la Ciudadela a partir de las 6 de la mañana, en preparación para un asalto de infantería.⁶⁵ Sin embargo, Rubio Navarrete informó que lo solicitado era imposible de realizar, porque no contaba con un observatorio adecuado, ni con suficientes granadas rompedoras, para poder derruir los muros de la Ciudadela. Así pues, el 17 se celebró una junta de guerra, en la que los generales García Peña, Huerta, Delgado, Yarza y García Hidalgo determinaron que se debían efectuar labores de aproche, capturando edificios alledaños a la Ciudadela, acercándose poco a poco, sin que los soldados estuvieran expuestos al fuego enemigo.⁶⁶

El mismo 17, el general brigadier Aureliano Blanquet llegó al Distrito Federal, con su 29º Batallón de Infantería. Sin perder tiempo, Huerta ordenó que este cuerpo quedara a cargo de la custodia de Palacio Nacional. Fue en esta fecha que el golpe militar de Huerta tuvo que haberse fraguado. Esta es una oportunidad para hacer una comparación entre la asonada del 9 de febrero y el golpe militar del 18.

⁶⁵ Edgar Urbina da a entender que el nombramiento fue desde el 10 de febrero, para supeditar a Ángeles en preparación para su traición, pero evidentemente no fue así. Compárese con Urbina, “La ‘guerra interior’”, pp. 233.

⁶⁶ Garfías, “Aspectos militares de la Decena Trágica”, pp. 450-451 y 454.

Los conspiradores reyistas y felicistas deseaban efectuar un movimiento rápido que evitara, en lo posible, el derramamiento de sangre. Se habían propuesto apresar a Madero, a sus ministros e incluso al general Lauro Villar en sus hogares. Las fechas para la intentona cambiaron continuamente, pero una de las elegidas había sido el 5 de febrero, pues deseaban aprovechar la ceremonia en el Hemiciclo a Juárez para apoderarse de Madero. Pero al final todo se realizó con precipitación, de modo que la ejecución fue bastante torpe.⁶⁷ Y debido a esa premura, el movimiento del domingo 9 de febrero adquirió aspecto de pronunciamiento a la usanza decimonónica, ya que el objetivo primordial de Reyes y sus secuaces fue tomar Palacio Nacional —a sabiendas de que el presidente no estaba allí, sino en su domicilio en el Castillo de Chapultepec—, y después emitir desde allí un manifiesto, es decir, un plan.⁶⁸

De no haberles estorbado la pérdida de tiempo que ocasionó la insistencia en liberar primero a Félix Díaz, de modo que hubieran asegurado la posesión de Palacio antes del arribo del general Villar, lo que hubiera tenido que seguir era esperar a que el resto de las fuerzas armadas se adhirieran al pronunciamiento, o se declararan en su contra. Madero hubiera tenido que sitiar a Reyes con sus fuerzas leales. Es el escenario de un pronunciamiento. Reyes actuó conforme a una lógica decimonónica.⁶⁹ Huerta, en cambio, operó un golpe militar al estilo de los que caracterizaron al siglo xx. Los golpistas se apoderaron del primer mandatario y sus principales colaboradores, tanto civiles como militares, impidiendo la posibilidad de una reacción inmediata. Tan bien ejecutado fue el cuartelazo, que las únicas bajas mortales durante la operación fueron los dos jefes enviados a aprehender a Madero en la Sala de acuerdos de Palacio, y uno de los colaboradores de Madero.

La tarde del 18 de febrero, Huerta se reunió con Gustavo A. Madero en el restaurant Gambrinus, donde celebraron un banquete en honor del presidente de la Cámara de Diputados. Poco después, el ágape fue

⁶⁷ Torrea, *La Decena Trágica*, pp. 19-22; Reyes, *De mi vida*, pp. 209-211.

⁶⁸ Niemeyer, *El General Bernardo Reyes*, pp. 230-231; Reyes, *De mi vida*, pp. 216, 218 y 220.

⁶⁹ Compárese con Ibarrola, “La rebelión de la Ciudadela”, p. 186.

interrumpido por un grupo de soldados, que llegó a detener a *Ojo parado*. Horas después, el brigadier Blanquet envió al teniente coronel Teodoro Jiménez Riveroll y al mayor Rafael Izquierdo, con un grupo de soldados, para que irrumpieran en el Salón de acuerdos, y detuvieran a Francisco I. Madero en presencia de su gabinete, pretextando que debían ponerlo a salvo. Sin embargo, los dos ayudantes de Estado Mayor del Presidente, capitanes Gustavo Garmendia y Federico Montes, defendieron al mandatario y ultimaron a balazos a los dos jefes. En el tiroteo también resultó mortalmente herido Marcos Hernández, hermano del Ingeniero Rafael Hernández. A continuación, Madero bajó al Patio de Honor con su gabinete, buscando salir de la ratonera, pero fue interceptado por Blanquet con varios de sus hombres, quienes rodearon y detuvieron a los altos funcionarios.⁷⁰ Durante esa misma jornada fueron arrestados los generales García Peña, Plata, Ángeles, Delgado, Sanginés y Manuel Rivera, ya que no estaban involucrados en el cuartelazo, y resultaban peligrosos por tener mando de tropas, o por ser el secretario y subsecretario de Guerra. Cauz no tuvo que ser detenido porque se encontraba herido, debido a uno de los combates previos.⁷¹

A las 9:30 de la noche de ese martes 18, Huerta se reunió con Félix Díaz, Fidencio Hernández, Rodolfo Reyes, Enrique Cepeda y el teniente coronel Joaquín Maass Águila —sobrino de Huerta e hijo del general del mismo nombre—, en la embajada de los Estados Unidos, donde celebraron el llamado Pacto de la embajada, en el cual acordaron la formación del gabinete de Huerta y asumieron el compromiso de turnarse en el poder.⁷²

⁷⁰ Miranda, *Estado Mayor Presidencial*, pp. 128-129; Stanley R. Ross, citado en Arnaiz, *Madero y Pino Suárez*, pp. 171-172.

⁷¹ Al igual que Blanquet, Manuel Rivera había llegado un día antes al Distrito Federal, con el 36° Batallón Auxiliar y un escuadrón del 26° Regimiento Irregular. Carlos Toro, “La caída de Madero por la revolución felicista”, en Saborit, *Febrero de Caín y de metralla*, pp. 468-469; Torrea, *La Decena Trágica*, pp. 141-142; Urbina, “La ‘guerra interior’”, pp. 241-245 y 247.

⁷² Toro, “La caída de Madero por la revolución felicista”, en Saborit, *Febrero de Caín y de metralla*, pp. 472-474.

El siguiente paso importante dado por Huerta fue comunicar a los comandantes de zonas militares y plazas, así como a los gobernadores estatales, lo que había hecho. Por la noche les telegrafió un oficio, fechado en 18 de febrero, en los siguientes términos: “Autorizado por el Senado, he asumido el Poder Ejecutivo, estando presos el Presidente y su Gabinete”.⁷³ La reacción de los funcionarios civiles y militares a la noticia le permitiría medir el alcance de aceptación. Huerta obtuvo dos respuestas que lo pusieron en guardia. La primera, que era más o menos previsible,⁷⁴ provino del gobernador de Coahuila Venustiano Carranza, quien expuso la situación a la legislatura local, que, a su vez, emitió al día siguiente el decreto 1421, desconociendo a Huerta y sus actos así como concediendo facultades extraordinarias a Carranza, para armar fuerzas con el fin de coadyuvar al sostenimiento del orden constitucional. Carranza, por su parte, envió una circular a los demás gobernadores y jefes militares expresando su extrañamiento por el acceso al poder de Huerta con autorización del senado, considerando que este no tenía facultades constitucionales para destituir al Presidente de la República, anunciando su desconocimiento al nuevo gobernante.⁷⁵

La otra respuesta, más difícil de anticipar, fue la del comandante general del puerto de Veracruz, general de brigada José Refugio Velasco, quien el 19 de febrero telegrafió directamente al presidente de la Cámara de Senadores para preguntarle si era cierto lo afirmado por Huerta en su telegrama:

Hónrome en transcribirlo a usted, suplicándole se sirva garantizarme la autenticidad de esa noticia e informarme si el acuerdo de que se trata está dentro de las prescripciones constitucionales y de la Ley, bajo el concepto de

⁷³ Taracena, *Venustiano Carranza*, p. 87.

⁷⁴ Aunque, durante el Porfiriato había militado en el reyismo, Carranza se convirtió decididamente al maderismo a partir de 1909 y con sus actos demostró su compromiso con la causa revolucionaria.

⁷⁵ Taracena, *Venustiano Carranza*, pp. 87-88; Garcíadiego, *1913-1914 de Guadalupe a Teoloyucan*, pp. 32, 33, 35 y 88-90.

que al desaparecer el Poder Ejecutivo legalmente constituido, la Comandancia Militar a mi cargo no será hostil a las medidas de orden y se considerará relevada de las responsabilidades futuras desde el momento en que se trate de cumplimentar un acuerdo tomado por el Poder Legislativo.⁷⁶

Este mensaje puso a Huerta sobre aviso, de manera mucho más alarmante que lo realizado por Carranza, porque le hizo ver que sus colegas militares no lo acatarían, a menos que estuvieran convencidos de que Huerta había accedido al poder de manera legal. En consecuencia, dedicó todo el 19 a presionar a Madero y Pino Suárez para que renunciaran a sus cargos. No escatimó prometerles que ellos y sus familias tendrían las vidas aseguradas, si accedían a dimitir, no obstante que Gustavo A. Madero y el capitán Adolfo Bassó habían sido asesinados por la soldadesca felicista la madrugada de ese mismo día. Al final consiguió lo que deseaba y a las 8:45 de la noche se pudieron presentar las renunciaciones ante la Cámara de Diputados. De acuerdo con lo dispuesto por la constitución, el secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Lascuráin Paredes, asumió la presidencia, nombró a Huerta secretario de Gobernación y dimitió a su vez. Este procedimiento fue más que una simple maniobra teatral. Fue indispensable para evitar que el Ejército Federal tratara de libertar a Madero.⁷⁷

Curiosamente, las noticias tardaron en llegar a oídos de los interesados. Por ello, el 20 de febrero el general Velasco volvió a telegrafiar, esta vez al titular del Ejecutivo, para informar de su perspectiva sobre la situación:

Al C. General de División Victoriano Huerta.- México, D.F.-
Hónrome participar a usted que tengo conocimiento de que hoy a las 10. a.m. saldrá de esa Capital para este Puerto tren especial escoltado por el 29º Batallón conduciendo al

⁷⁶ Velasco, *Velasco*, p. 15.

⁷⁷ Toro, “La caída de Madero por la revolución felicista”, en Saborit, *Febrero de Caín y de metralla*, pp. 475-476.

Sr. Presidente de la República don Francisco I. Madero, para ser embarcado con destino al extranjero. Creo conveniente manifestar a usted que mientras no tenga conocimiento oficial de que ha renunciado el Sr. Madero, para mí representa la legalidad y lo sostendré con los elementos que dispongo. Respetuosamente J.R. Velasco.⁷⁸

Al parecer el secretario de Guerra Manuel Mondragón, también le escribió a Velasco, acusándolo de apoyar a los revolucionarios maderistas y obstaculizar el restablecimiento del orden. Por ello le respondió ese mismo día con un telegrama:

Gral Manuel Mondragón, Palacio Nacional... Muy urgente... Mi actitud honrada parece que se le quiere dar otra interpretación, suplícole hacer presente al Sr Gral V. Huerta que no soy revolucionario ni pretendo poner obstáculos, que se me comunique oficialmente que este régimen está sancionado por la ley sin esperar contestación mía quedo en todo y por todo a las superiores disposiciones de ese gobierno. Mis antecedentes de lealtad y honor, garantizan el estricto cumplimiento de mensaje. Respetuosamente. R. Velasco.⁷⁹

Finalmente, el Senado le respondió a Velasco, el 21 de febrero, explicando que Madero y Pino Suárez habían renunciado y que sus dimisiones habían sido aceptadas.⁸⁰ Se conjuró así el peligro de que los miembros del Ejército opusieran resistencia al nuevo orden. En palabras de Edgar Urbina:

La renuncia del Presidente y Vicepresidente dio una cobertura legal al golpe militar. Lo completó la renuncia de Lascu-

⁷⁸ Velasco, *Velasco*, p. 20.

⁷⁹ AHSDN, Operaciones militares, XI/481.5/88, f. 57.

⁸⁰ Velasco, *Velasco*, p. 20.

ráin a favor de Huerta y su aceptación por el Congreso. Esto fue decisivo para que los militares se supeditaran al nuevo orden de cosas. El hecho dio legalidad formal más no legitimidad al gobierno de Huerta. No obstante a los militares no les importaba como no les importa ahora, el carácter legítimo de un gobierno mientras se respetaran las formas legales, pues el Ejército se concibe a sí mismo, en esencia, como una institución apolítica.⁸¹

El reconocimiento de las Cámaras al nuevo gobierno no hizo más que legalizar, mas no legitimar, la situación y abrió la puerta para que aquellos militares que se encontraban indecisos o se veían renuentes a aceptar las circunstancias terminaran por subordinarse.⁸²

En estas últimas líneas, Urbina se refiere a Juan Manuel Torrea, a quien cita. Dicho militar habló de manera muy clara a nombre de los que como él habían defendido fielmente al gobierno de Madero, hasta que el 19 de febrero todo cambió:

No estaban capacitados la generalidad de los militares, para suponer que el respeto a su carrera se debiera exclusivamente a un azar de equilibristas; todos los resquemores para quienes no fuimos ni somos políticos, se desvanecieron ante la decisión de las Cámaras, del poder Judicial, de veinticinco legislaturas de Estados y el reconocimiento oficial de los Gobiernos extranjeros que tenían relaciones con México, excepto los Estados Unidos; pero justamente esta excepción era la que pesaba y la que decidiría, como lo hizo, por medio de su Embajador, de los destinos gubernamentales de México.⁸³

⁸¹ Urbina, “La ‘guerra interior’”, p. 260.

⁸² Urbina, “El Ejército Federal”, p. 86.

⁸³ Torrea, *La Decena Trágica*, p. 230.

Habrà quien pueda considerar que el procedimiento de Huerta para dar un cariz legal a su usurpaci3n tuvo otro remitente, esto es, las potencias extranjeras, cuyo reconocimiento le era indispensable. Sin embargo, esto implicarí a olvidar que el Pacto de la Embajada y el cuartelazo del 18 de febrero se dieron con la colaboraci3n del embajador de los Estados Unidos. Se deduce con facilidad que este hecho debió darle a Huerta la seguridad de que el gobierno estadounidense lo reconocería, una vez ocurrido esto, seguirían automáticamente los reconocimientos de las demás potencias. Así pues, la preocupaci3n de Huerta al exigirles sus renunci a Madero y Pino Suárez debió tener que ver más con la necesidad de obtener el apoyo del Ejército, que con una cuesti3n de reconocimiento exterior.

DESPUÉS DE LA DECENA TRÁGICA

A fin de consolidar su posici3n, Huerta y quienes lo respaldaron tuvieron que orquestar pequeños cuartelazos contra los gobernadores que no aceptaron al nuevo gobierno. En Chihuahua el jefe de la 2ª Zona Militar, general de brigada Antonio Rábago, depuso al gobernador Abraham González, al tiempo que asumió la gubernatura con apoyo de la Legislatura local. Días después, el 3 de marzo, el gobernador derrocado sería asesinado por los militares que lo escoltaban de camino al Distrito Federal. Entre el 5 y 6 de marzo, el gobernador de San Luis Potosí, Rafael Cepeda, fue detenido y mantenido en arresto domiciliario por orden del general de brigada Agustín García Hernández, hasta que fue remitido a la penitenciaría de Lecumberri, donde compartió la prisi3n con el gobernador de Aguascalientes, Alberto Fuentes Dávila. Este último había sido derrocado el 1 de marzo, por el recientemente ascendido a general brigadier Carlos García Hidalgo. En Tlaxcala, el gobernador Antonio Hidalgo Sandoval fue apresado y eventualmente conducido a la Ciudad de México, siendo remplazado en el gobierno por el general Alberto Yarza.⁸⁴

⁸⁴ Taracena, *Venustiano Carranza*, pp. 116-117; *Diccionario de generales de la Revoluci3n*, tomo I, p. 253; *Enciclopedia de México*, tercera edici3n, tomo I, p. 138; Urbina, “El Ejército Federal”, p. 83.

En Nuevo León sucedió algo parecido. El gobernador Viviano L. Villarreal fue forzado a renunciar en favor del general de división Jerónimo Treviño, en tanto que el jefe de la 3ª Zona Militar, general de división José María Mier, fue sustituido por el divisionario Emiliano Lojero. Este paso fue fundamental para comenzar las operaciones en contra de Carranza, ya que Coahuila estaba dentro de la jurisdicción de la 3ª Zona Militar. Ahora bien, la posición de Treviño no estaba clara, por ello Carranza albergó la esperanza de que aceptara ponerse al frente del movimiento que estaba organizando contra el usurpador. Por su parte, Treviño no rechazó a los emisarios de Carranza, aunque les propuso esperar en lugar de comprometerse con los revolucionarios. Asimismo, Nicéforo Zambrano, representante de Carranza en Nuevo León, también creyó poder atraer al general Mier a la causa revolucionaria. El representante de Carranza, Eliseo Arredondo, se entrevistó con este general y obtuvo esta opinión: “[Carranza] es el único que está en su puesto; pero no vea usted a Treviño; se comprometería en vano; ya está envenenado por el grupo de Andrés Garza Galán, quien le ha hecho creer que en esta crisis será el candidato de transacción. Se le ha metido en la cabeza que él será el Presidente”.⁸⁵

Durante los siguientes meses el general Mier combatió del lado de Huerta y, de hecho, pereció el 8 de julio de 1914, en un ataque por fuerzas constitucionalistas mientras evacuaba sus tropas de Guadalajara. Por ello no deja de ser interesante que le expresara a Arredondo una opinión, según la cual, Carranza era el único que estaba cumpliendo con su deber. Se aprecia en Mier una distinción entre lo moralmente correcto o justo y el supuesto deber militar, consistente en acatar un gobierno “legal” en la forma, pero inicuo en el fondo. Para los civiles, como Carranza, fue más fácil entender que la usurpación era no sólo inmoral e injusta sino ilegal, pues un procedimiento formalista no daba legitimidad por sí mismo. Pero para la mentalidad de los militares, mucho más mecánica y estrecha, así como ignorante del derecho, el formalismo era más que suficiente.

⁸⁵ Taracena, *Venustiano Carranza*, pp. 110-111 y 116-117; *Enciclopedia de México*, tomo 9, p. 444.

Por su parte, el general Lojero despachó al general brigadier Manuel M. Blázquez, con la intención de batir a Carranza y hacerse con la gubernatura, pero las maniobras de los revolucionarios le hicieron creer que contaban con más hombres de los que en realidad tenían y lograron hacer retroceder a dicho general. De hecho, Blázquez cayó enfermo poco después y pidió su retiro, que se le concedió el 26 de abril de 1913.⁸⁶

El siguiente en avanzar contra Carranza fue un amigo suyo, el general de brigada Fernando Trucy Aubert, cuyo cuartel se encontraba en Torreón. Ambos habían intercambiado telegramas desde el 23 de febrero. Después de las renunciaciones de Madero y Pino Suárez, Trucy Aubert le preguntó a Carranza si insistiría en desconocer a Huerta, tal como lo había dado a conocer en su circular del 19 de febrero. Carranza le respondió entre otras cosas: “juzgo ya inútil todo arreglo y lucharé con todos los buenos ciudadanos, hasta restablecer el orden constitucional de la República”. A esto, Trucy Aubert contestó:

Quedo enterado de todo, y sinceramente me permito manifestar a usted, con todo respeto, que como militar estoy sujeto, por mi honor, a la disciplina militar, y como patriota y amigo, siempre estaré a su lado. Pasando a otra cosa, le suplico a usted se sirva informarme si las fuerzas dependientes del gobierno a su cargo han recibido órdenes de concentración a esa ciudad; pues sin excepción han quedado desguarnecidos todos los puntos de la zona de mi mando, y esas fuerzas están concentradas en Aviléz. F. T. Aubert.⁸⁷

Las palabras de este general son muy interesantes, pues más allá de la amistad, le informa a Carranza que “como patriota” estará a su lado, pero que como militar estará sujeto a la disciplina de su profesión. De modo que, entre líneas, Trucy Aubert reconoció que la razón moral

⁸⁶ Taracena, *Venustiano Carranza*, p. 107; Oficio del Oficial 1º de la Sección 1ª de la Secretaría de Guerra y Marina, México, 26 de abril de 1913 en AHSDN, cancelados, 2-99, f. 45.

⁸⁷ Taracena, *Venustiano Carranza*, pp. 94-95.

—y legal diríamos nosotros— estaba del lado de Carranza, pero como militar se sentía obligado a respetar las formas legales y por tanto a acatar al gobierno de Huerta, supuestamente legalizado por las renunciadas de Madero y Pino Suárez, admitidas por la Cámara de Diputados. Este es un segundo ejemplo de que no todos los militares apoyaron en su fuero interno al cuartelazo de Huerta, y que si obedecieron a su gobierno fue porque, a sus ojos, había llenado la formalidad legal.

Aprovechando la disposición positiva de Trucy, Carranza trató todavía de negociar con él a través de su hermano Jesús Carranza, a lo que el general federal accedió, aunque sin resultados favorables. De todas formas, la lucha interna de Trucy se evidenció cuando marchó con sus fuerzas hacia Saltillo, con el propósito expreso de combatir a Carranza. La pequeña fuerza revolucionaria, de alrededor de 200 hombres, se topó con las tropas de Trucy en Anhelo. El general federal anunció su presencia con unos cañonazos, permitiendo que Carranza y sus hombres se retiraran hacia Espinazo. Sin embargo, el teniente coronel Jacinto B. Treviño pidió permiso a don Venustiano para tratar de enfrentar a los federales, aunque fuera simbólicamente, así que regresó a Anhelo con 50 individuos, con los cuales hizo fuego sobre una avanzada federal, que al ser sorprendida huyó despavorida. Al llegar más tropas federales Treviño ordenó la retirada y el encuentro concluyó.⁸⁸ Fuera por la amistad entre ambos, o porque en el fondo no estaba convencido de la justicia de su causa, el hecho es que el general Trucy Aubert deliberadamente dejó ir a Carranza, pudiendo poner fin al movimiento Constitucionalista en su embrión.

El 20 de marzo de 1913, Carranza y su comitiva se presentaron en las afueras de Saltillo con la intención de tomar la plaza, que sabían estaba en manos de tropas federales. Don Venustiano llamó por teléfono al palacio de gobierno y solicitó hablar con el general Blázquez, pero fue informado que quien tenía el mando era el general brigadier Arnoldo Casso López. En la conversación, Carranza lo invitó a unirse a las filas de la legalidad, o bien, que desocupara la plaza. Casso respondió que su

⁸⁸ Taracena, *Venustiano Carranza*, pp. 95-96 y 111-112.

honor militar le impedía complacerlo, y que era Carranza quien debía cumplir su deber obedeciendo a Huerta, porque ya había sido reconocido como presidente por los otros Poderes de la Unión. La conversación terminó mal, y los revolucionarios atacaron, siendo rechazados por los federales.⁸⁹

Lo relevante es que Casso defendió su posición esgrimiendo el “honor militar” y el hecho que los poderes Legislativo y Judicial habían sancionado la usurpación de Huerta. Así que para muchos militares era imposible desobedecer a Huerta, si su gobierno había adquirido un aspecto legal pese a haber iniciado mediante un acto ilegal e inmoral. Esto es importante, porque manifiesta, una vez más, que muchos militares estaban sirviendo a Huerta porque se sentían compelidos a ello por su ética profesional militar, no porque estuvieran de acuerdo con el derrocamiento de Madero, ni porque la asonada del 9 de febrero ni el cuartelazo del 18 representaran la voluntad colectiva del Ejército.⁹⁰ También es importante porque ayuda a entender la conducta de muchos de estos militares durante la lucha contra el constitucionalismo.

En la introducción de este texto se llamó la atención al hecho de que muchas de las acciones bélicas, usadas por Ramírez Rancaño como ejemplos de cobardía, se caracterizaron por un desequilibrio numérico, que favorecía a los revolucionarios. No obstante, al inicio y al final de su artículo, el citado autor reconoce que hubo excepciones, personajes que actuaron con “dignidad” y “valor”, entre quienes menciona a Ignacio A. Bravo, Eduardo Cauz, Prisciliano Cortés, Manuel Guasque, Gordillo Escudero (no aclara si se refiere a Ángel o a Manuel), Joaquín Maass padre e hijo, Guillermo [Rubio] Navarrete y José María Mier, muerto en la evacuación de Guadalajara. Incluye en esta lista al brigadier Luis Gonzaga Cartón y al coronel Paciano Benítez, quienes después de perder la plaza de Chilpancingo fueron capturados en su retirada por el zapatista Julián Blanco y fusilados —su valentía consistió en haber muerto, aunque no hubieran caído mientras combatían, sino tras ser capturados mien-

⁸⁹ Taracena, *Venustiano Carranza*, pp. 132-134.

⁹⁰ Urbina, “La ‘guerra interior’”, pp. 262-264.

tras se retiraban—; menciona también al ya general de brigada Ignacio Morelos Zaragoza por defender el honor patrio frente a la prepotencia del contralmirante estadounidense Henry T. Mayo, durante el incidente en Tampico que sirvió de pretexto para la ocupación de Veracruz; también alude al general de brigada Luis Medina Barrón, que defendió Zacatecas “como un león”; al general de división Manuel Zozaya que batió a tropas constitucionalistas en Zacoalco, el 12 de junio de 1914, pero resultó mortalmente herido y, finalmente, al general de división José Refugio Velasco, que “defendió Torreón hasta ser vencido”, entre marzo y abril de 1914, tras lo cual se retiró con mucho orden.⁹¹

Sin embargo, de la opinión antes citada, la trayectoria del valiente general Velasco no fue siempre pundonorosa, pues en el otoño de 1913 ocurrió un incidente muy peculiar. El 22 de octubre, Velasco se encontraba en Saltillo y recibió un telegrama del ahora secretario de Guerra, general de división Aureliano Blanquet, en el que le hacía saber que Monterrey estaba a punto de ser atacada —por las fuerzas de Pablo González— y le ordenaba que enviara los 500 a 700 hombres de refuerzo que se le había indicado previamente. Al día siguiente, Blanquet volvió a enviarle un telegrama, en el que le indicaba que iba para allá el teniente coronel Francisco Cárdenas —el asesino de Francisco I. Madero— con 300 hombres, a los cuales había que hacer marchar hacia Monterrey sin dilación. Ese mismo día, Blanquet envió un tercer telegrama, en el que notificaba a Velasco del paso de la columna del general brigadier Luis Gonzaga Anaya hacia Monterrey. También le ordenaba enviarle al general brigadier Adolfo Iberri —defensor de la capital neoleonense—, la mayor cantidad posible de cartuchos 7 mm y marchar él mismo (Velasco) en auxilio de esa plaza, que se encontraba bajo ataque desde las 8 a.m. Tres días después, Blanquet telegrafió de nuevo a Velasco para preguntarle si había recibido su mensaje anterior y para reiterar la urgencia de que partiera hacia Monterrey, dejando en San Hipólito al general Trucy Aubert, para proteger Saltillo. Velasco replicó, por fin, que no

⁹¹ Ramírez, *El ejército federal, 1914*, pp. 114-116, 195-196, 398-399 y 491-492 y “Generales ‘con sobrado espíritu militar’”, pp. 101 y 117.

podía dejar desprotegida la línea férrea de Ventura, por lo que Blanquet volvió a telegrafiar indicándole que la línea sería defendida por el jefe de la guarnición de Saltillo —esto es Trucy—, pero que él (Velasco) debía marchar a Monterrey con la mayor cantidad de cartuchos Mausser y que esperara allí al general Joaquín Téllez.⁹²

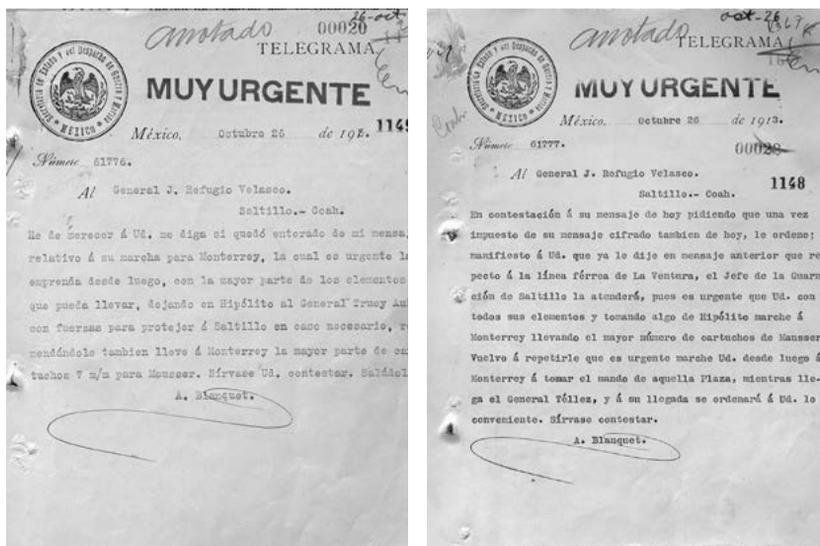


Figura 2. Telegramas de Aureliano Blanquet a José Refugio Velasco del 26 de octubre.

Al final, fue el general de brigada Eduardo Ocaranza quien acudió con 2,400 federales en auxilio de Monterrey. Sin embargo, no fue este refuerzo el que libró a la plaza de ser tomada por los constitucionales, sino la embriaguez. El 23 de octubre, los cerca de 2,200 hombres de Pablo González, Francisco Murguía, Antonio I. Villarreal y Jesús Carranza consiguieron ocupar San Nicolás de los Garza, la Estación del Nacional, la Fundición y la Cervecería Cuauhtémoc, obligando a los

⁹² Blanquet a Velasco, México, 22 de octubre de 1913; 23 de octubre de 1913; 23 de octubre de 1913; 26 de octubre de 1913 y; 26 de octubre de 1913 en AHSN, Operaciones militares, xi/481.5/30, ff. 1140, 1142, 1143, 1148 y 1149.

1,600 federales de Iberri a concentrarse en el cerro del obispado. Pero al día siguiente los constitucionalistas estaban tan ebrios por consumir la cerveza capturada que no pudieron hacer nada. Por eso, cuando Ocaranza se presentó, prefirieron retirarse.⁹³

La intención de comentar este ejemplo no es la de tildar al general Velasco de “cobarde”, porque no lo era. En realidad, su ejemplo resulta ilustrativo para exhibir la falta de unidad dentro del Ejército Federal. Ya se ha mostrado que Velasco fue muy escrupuloso en no obedecer a Huerta hasta que estuvo seguro de que Madero ya no era, “legalmente”, el presidente de la República. Sin embargo, ni él, ni José María Mier, ni Trucy Aubert, ni el resto de los generales federales eran autómatas. Aunque hubo algunos que al igual que Díaz y Mondragón, deseaban poner fin a la Revolución, como Higinio Aguilar y Gaudencio G. de la Llave; y así como hubo otros que apoyaron de manera decidida a Huerta y Blanquet, como Antonio Rábago, Arnoldo Casso López, Guillermo Rubio Navarrete y los miembros de la familia Maass; también hubo otros que se sintieron incómodos con la forma en que Huerta tomó el poder.

Evidentemente, en muchos casos las derrotas de los federales se debieron a falta de recursos humanos y materiales. Pero es posible que en algunas ocasiones intervinieran otros factores en el aparente boicot contra Huerta. En el caso de la defensa de Monterrey, Velasco actuó con total desacato al secretario de Guerra Blanquet, pues no sólo no lo obedeció, sino que durante cuatro días ni siquiera se tomó la molestia de responderle de enterado. Y el hecho es que nunca marchó hacia donde se le indicó. Y, no obstante, no sólo no se reprendió ni castigó a Velasco, sino que se le siguieron dando mandos importantes y se le ascendió a general de cuerpo de ejército. Es más, cuando Huerta dimitió a la presidencia y salió al exilio, el nuevo presidente interino de la República, Francisco Carbajal, designó a Velasco secretario de Guerra, cargo desde el cual negoció la rendición del Ejército Federal ante los constitucionalistas.

Ramírez Rancaño se pregunta por qué Huerta no castigó a los generales “cobardes” y cita como ejemplo a Eutiquio Munguía, quien

⁹³ Salmerón, *Los carrancistas*, pp. 187-189.

fue exonerado por la corte marcial que lo juzgó.⁹⁴ En realidad, Huerta ordenó el 10 de octubre de 1913 iniciar un consejo de guerra extraordinario contra Munguía. El tribunal estuvo compuesto por los generales de brigada Pedro González, Salvador de los Monteros, Manuel M. Velázquez, Arnoldo Casso López y José María Servín, con los generales Samuel García Cuéllar y Miguel Gil como suplentes, así como el general Pedro Troncoso como juez instructor, en tanto que el procurador general militar, lic. José Vázquez Tagle fungió como representante del Ministerio Público Militar. Después de una indagatoria, los integrantes del consejo se declararon incompetentes para juzgar a Munguía. En consecuencia, se abrió un juicio ordinario, que concluyó en enero de 1914, con la exoneración de Munguía.⁹⁵

La razón de que este general saliera bien librado es muy simple. El 29 de septiembre de 1913 una avanzada de Munguía, mandada por el general brigadier Felipe Álvarez fue batida por las fuerzas de Pancho Villa en Avilés y Lerdo. En este último punto pereció el general Álvarez, lo cual desmoralizó enormemente a las tropas de Munguía. Por ello, cuando las fuerzas de Villa se presentaron ante Torreón, el 1 de octubre, los hombres de Munguía entraron en desbandada. Él nunca ordenó retirada, fueron sus subordinados los que entraron en pánico y no pudieron ser contenidos por Munguía, de allí la exoneración. Por otra parte, es importante aclarar que, si se sometió a proceso a Munguía, fue por la retirada desordenada y en pánico de sus hombres. Ningún otro general fue juzgado por retirarse, porque lo hicieron en orden y tras haber combatido lo humanamente posible. La duda con Munguía era si pudiendo combatir había abandonado la plaza sin resistencia alguna.⁹⁶

Por otra parte, si Huerta no juzgó todos los casos de retirada y rendición fue porque él, mejor que ninguno de los historiadores que 100 años después estudiamos esa época, conocía a sus compañeros de armas. El “Indio” Huerta sabía que no todos los que estaban presentes en la Ciudad de México lo ayudarían a capturar y derrocar a Madero, por

⁹⁴ Ramírez, “Generales ‘con sobrado valor militar’”, pp. 110 y 117.

⁹⁵ AHSDN, Operaciones militares, XI/481.5/30, ff. 869, 1074 y 1075.

⁹⁶ AHSDN, Operaciones militares, XI/481.5/30, ff. 869 y 1073 reverso.

ello se valió de unos cuantos generales y a los demás los arrestó mientras duraba el golpe.⁹⁷ Más adelante supo que no todos lo apoyarían por completo como gobernante, así que los trató con relativo respeto, seguramente por no querer perder el control de un Ejército que no lo respetaba en su totalidad, ni mucho menos le era incondicional. Mientras que jóvenes como Guillermo Rubio Navarrete, Narno Dorbecker y Joaquín Maass Águila lo admiraban y respetaban, sus iguales como García Peña, Rascón, Beltrán, Torroella, Trucy Aubert, Téllez y Velasco lo veían como el “Indio”.

Velasco y Trucy Aubert, tal vez incluso Joaquín Téllez, no apoyaban a Huerta con convicción porque en su fuero interno sabían que no era lo correcto, pero tenían tan arraigado el sentido del deber que carecían de la voluntad para oponerse con las armas contra un gobernante apoyado por la corte y el congreso. Lo único que pudieron hacer fue combatir sin convicción. José María Mier también estuvo entre los que se sabían en el bando moralmente equivocado, y si murió en acción no fue por estar decidido a combatir hasta lo último por Huerta, sino porque sus fuerzas fueron atacadas por sorpresa mientras se retiraba y en el tiroteo resultó fatalmente herido.

Pero había otros grupos dentro del Ejército Federal, como el felicista, algunos de cuyos miembros habían sido muy cercanos al grupo Científico durante la dictadura. Huerta se alió con ellos para usurpar el poder, pero sabía que no le eran incondicionales, por ello tuvo que desplazarlos. Primero obligó a Díaz a renunciar a su candidatura a la presidencia, violando el Pacto de la Embajada y después destituyó a Mondragón de la Secretaría de Guerra y Marina, culpándolo de las derrotas sufridas en el campo de batalla.

Los reyistas tampoco le eran adictos, por algo destituyó de su gabinete al civil Rodolfo Reyes. Al general José María Mier lo destituyó del mando militar de Nuevo León y lo transfirió al Occidente, donde sería menos peligroso. A Lauro Villar, que pese a su reyismo previo había permanecido fiel a Madero, no le dio ningún mando de tropas. A García

⁹⁷ Urbina, “La ‘guerra interior’”, pp. 240-241.

Peña y Manuel M. Plata, los puso en retiro. A Felipe Ángeles tampoco le dio ninguna comisión.

Además de las facciones de carácter político, hay que considerar que otro factor que restaba unanimidad al alto mando del Ejército era la procedencia dual de sus miembros. Había muchos que se habían iniciado en la Guardia Nacional, de donde habían transitado al Ejército Auxiliar de la Federación y posteriormente al Ejército Permanente. Eran militares formados en el campo de batalla, sin estudios académicos militares. Fue el caso de Bernardo Reyes, Lauro Villar, José María Mier, Eugenio Rascón, Gregorio Ruíz, Mariano Ruíz, Ignacio A. Bravo, Refugio Velasco, Clemente M. Villaseñor, Juvencio Robles, Higinio Aguilar, Gaudencio G. de la Llave, Joaquín Téllez, Fernando Trucy Aubert, Antonio Rábago, Eduardo M. Cauz, Emiliano Lojero, Luis Medina Barrón, Luis G. Anaya, Salvador R. Mercado, Prisciliano Cortés, Manuel Gordillo Escudero, Ignacio Morelos Zaragoza, Pedro Ojeda, Eutiquio Munguía, Juan Navarro, Eduardo Ocaranza, Alberto T. Rasgado, Agustín Sanginés, Manuel Zozaya, Aureliano Blanquet, Eduardo Paz, entre otros.

Del otro lado se encontraban los egresados del Colegio Militar, quienes después de graduarse ingresaban directamente al Ejército Permanente poseían conocimientos técnicos y facultativos que les permitían pertenecer a armas y servicios como los de Artillería, Ingenieros y Estado Mayor. En este caso estuvieron Victoriano Huerta, Ángel García Peña, Joaquín Beltrán, Enrique Torroella, Felipe Ángeles, José González Salas, Félix Díaz, Manuel Mondragón, Enrique Mondragón, Arnoldo Casso López, Guillermo Rubio Navarrete, Alejandro Pezo, Manuel M. Plata, Manuel M. Blázquez, Manuel M. Velázquez, Manuel P. Villarreal, Luis G. Cartón, Rafael Dávila, José Delgado, Carlos García Hidalgo, Ángel Gordillo Escudero, Adolfo Iberri, Gustavo Adolfo Maass Flores, Joaquín Maass Flores, Joaquín Maass Águila, Mario Maass Águila, Felipe Mier, Agustín F. Migoni, José Díaz Ordaz, Alberto Yarza, José Ortiz Monasterio, Ángel García Conde, entre muchos otros. Los más viejos, como Huerta, García Peña, Beltrán y González Salas, además de su formación militar, habían adquirido experiencia en el campo de batalla combatiendo contra las rebeliones indígenas en Sonora y Yucatán.

Pero, aunque uno pudiera suponer que debió existir rivalidad entre ambos grupos, lo cierto es que en realidad interactuaron guiados por factores individuales, que los hicieron comportarse de manera poco predecible. Por ejemplo, Victoriano Huerta, no obstante haber egresado del Colegio Militar y haberse distinguido en el Cuerpo Especial de Estado Mayor, así como en la Comisión Geográfico Exploradora, se convirtió en seguidor-admirador de Bernardo Reyes, con quien colaboró unos años en el gobierno de Nuevo León. Asimismo, no hubo relación estrecha entre el grupo de Félix Díaz, Samuel García Cuéllar, Fernando González y Manuel Mondragón, por un lado, y el de Victoriano Huerta, Joaquín Beltrán, Enrique Torroella y Ángel García Peña, por otro. El primero de estos dos grupos era más joven y sus miembros eran muy cercanos a Porfirio Díaz, así como a los científicos, en tanto que el segundo grupo había colaborado estrechamente con los coroneles José Montesinos y Francisco de Paula Troncoso en el Departamento y Cuerpo Especial de Estado Mayor, pero carecía de conexiones políticas. Finalmente, había egresados del colegio que no formaban parte de ningún grupo, sino que se encontraban social y profesionalmente aislados, como José González Salas y Felipe Ángeles. Eduardo Paz era otro aislado, aunque no egresado del Colegio Militar.

Adolfo Gilly ha considerado que la existencia, en las postrimerías del Porfiriato, de una Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan y un Colegio Militar, influyó en que hubiera una escisión dentro del Ejército.⁹⁸ Tal vez piensa que los egresados del Colegio eran fieles porque los alumnos de dicho plantel escoltaron a Madero el 9 de febrero, en tanto que los alumnos de aspirantes se unieron a la asonada. Pero esto es engañoso, porque después del derrocamiento de Madero, Ángeles fue el único general federal en unirse al constitucionalismo, pero no era el único egresado del Colegio. Huerta también lo era.

En realidad, la diferencia estribaba en que la Escuela de Aspirantes estaba concebida para formar oficiales tácticos de Infantería, Caballería y Artillería —para operar ametralladoras—, en tanto que el Colegio

⁹⁸ Gilly, *Cada quien morirá por su lado*, pp. 13, 29 y 60.

tenía como principal misión formar oficiales técnicos y facultativos, de Artillería —para servir cañones—, Ingenieros Industriales, Ingenieros Constructores y Estado Mayor.⁹⁹ Y tan no fue determinante la procedencia escolar, en cuanto a la lealtad al gobierno maderista, que varios militares constitucionalistas procedieron de aspirantes, a saber, Federico Montes, Francisco Cosío Robelo, Maximino Ávila Camacho, Agustín Mora, Domingo G. Martínez, Juan Felipe Rico, Sebastián Barriguet, Agustín Zárate Ricoy, Francisco R. Pérez Lechuga, Pedro Caloca Larios, Heriberto Casas, Alejandro Chávez Oviedo, Carlos O. Moya González, Eugenio Millá Tamayo, Sealtiel Lozano Aguilar, Rodolfo López de Nava, Mariano Montero Villar, Manuel Rosso Somoza, Alfredo Lozano Salazar, Wenceslao Labra, Gustavo Azcárraga Basave, Ángel Gutiérrez Quijada, Miguel Martínez, Alfredo Rueda Quijano, entre otros, varios de los cuales alcanzaron el grado de general en el Ejército Nacional.¹⁰⁰ Pero, en cualquier caso, la escuela era de creación tan reciente (1905), que para 1911-1913 no había ningún coronel ni general procedente de ella. En cuanto al papel formativo del Colegio militar, uno de sus egresados dejó un testimonio elocuente acerca del propósito del programa de estudios:

En aquella época los estudios eran muy rigurosos, teniendo preferencia las materias militares y matemáticas, a tal grado que durante los tres primeros años se exigía una calificación mínima de tres “Muy Bien” en las dos terceras partes de las materias preferentes, para poder continuar una carrera facultativa a partir del cuarto año de estudios. El alumno que no llenara estos requisitos, salía indefectiblemente a filas en las armas tácticas. Tocóme en suerte cumplir estas exigencias y fue así como cursé el cuarto, quinto y sexto años para Oficial Técnico de Artillería. En el año de 1907 se estableció una exigencia más: la de presentar un examen profesional.

⁹⁹ Urbina, “La ‘guerra interior’”, p. 218.

¹⁰⁰ Briseño, *Nuestra Escuela Militar de Aspirantes*, pp. 384-386.

Llenado este requisito, fuimos graduados como Tenientes Técnicos o Ingenieros Industriales, el 7 de enero de 1908, cuatro alumnos: Rafael Aguilar, de Oaxaca; Felipe Eguía Lis, del D.F.; Jesús Isunza, de Puebla; y el autor de estas líneas, de Coahuila. Hay que advertir que el 7 de enero de 1901 nos habíamos inscrito como noveles más de 200 alumnos.¹⁰¹

Este testimonio explica claramente que el colegio formaba oficiales tácticos por descarte. Los alumnos que no obtenían buenas notas salían del programa, destinados a Infantería, Caballería y a operar ametralladoras. Los alumnos talentosos continuaban en el programa. En su momento, el secretario de Guerra Bernardo Reyes (1900-1902) comprendió que esto no era lo ideal, por ello se estableció la Escuela de Aspirantes, en 1905, siendo titular de Guerra y Marina el general de división Francisco Z. Mena.

Finalmente, para comprender los factores que influían en la cohesión del Ejército, hay que considerar que muchos de estos militares pertenecían a logias francmasónicas, dentro de las cuales estrechaban lazos con otros miembros de la misma logia o rito. No obstante, aun en este caso hay que evitar caer en conclusiones simplistas, pues, por ejemplo, Victoriano Huerta, que pertenecía a una logia adscrita al Rito Escocés Antiguo y Aceptado, fue seguidor de Bernardo Reyes, gran maestro de una logia perteneciente al Rito Nacional Mexicano. En cambio, Huerta nunca fue de la simpatía de Porfirio Díaz, quien al igual que su sobrino Félix era masón escocés. Lo cierto es que, durante el Porfiriato, los ritos masónicos se entremezclaban y tenían una mejor relación que a principios del siglo XIX. Por ello, Bernardo Reyes pudo ser —al mismo tiempo— Gran Maestro de la Gran Logia del Oriente de Nuevo León, Luminar de la Logia Hermanos Templarios de México, Gran Inspector Soberano de las Logias del Valle de México y Delegado del Supremo Consejo del Antiguo y Respetado Rito Escocés en la Ciudad de México.¹⁰²

¹⁰¹ Treviño, *Memorias*, p. 11.

¹⁰² González, *Cristeros y agraristas en Jalisco*, pp. 140 y 153 y *Masones y cristeros en Jalisco*, pp. 22-24. Benavides Hinojosa, *Bernardo Reyes*, p. 307.

Es evidente que, aunque había espíritu de cuerpo y cohesión dentro del Ejército Federal (o Nacional) debido a 43 años de construcción institucional (1868-1910), así como a que se había logrado inculcar en sus miembros una fuerte ética profesional, también existían motivos de disenso, que podían obedecer a cuestiones políticas, sociales o simplemente personales. Como en cualquier otro cuerpo, en el Ejército existían grupos y facciones, que complicaron el desempeño del conjunto tanto al defender a Madero de las asonadas de febrero, como al combatir para el gobierno de Huerta.

Torrea, militar de la época, hace una descripción interesante de cómo percibían él y sus contemporáneos la pluralidad dentro de las fuerzas armadas nacionales: “Además, se disimulaba la natural, aunque perjuciosa costumbre de permitir y tolerar antagonismos entre los oficiales llamados ‘científicos o macheteros’; facultativos o tácticos y del Ejército o Rurales, Policía y de los cuerpos de los Estados, estos últimos llamados ‘Carnitas’. Posteriormente entre los militares del Ejército, Rurales, Irregulares y hasta Honorarios”.¹⁰³ Para aclarar, los “científicos” a los que se refiere eran los egresados del Colegio Militar y los “macheteros”, aquellos formados en la Guardia Nacional y Ejército Auxiliar de la Federación.

Volviendo al tema central de este apartado, la falta de convicción de los militares federales se hizo aún más evidente cuando Zacatecas cayó en manos de Villa, el 23 de junio de 1914 y en consecuencia Huerta renunció a la presidencia y se fue al exilio (15 de julio). El 4 de agosto, el titular de la Agencia del Cuartel General constitucionalista, ingeniero Alfredo Robles Domínguez, publicó un manifiesto en que dio a conocer la disposición del Primer Jefe Carranza para acordar de manera pacífica la rendición de la Ciudad de México.¹⁰⁴ En respuesta a este documento, el 5 de agosto, los generales de división José Delgado, José María de la Vega, de brigada Manuel Sánchez Rivera, Miguel Ruelas, así como brigadieres Alfredo Gutiérrez, Ernesto Ortiz y Gaudencio G. de la Llave formaron una comisión que comunicó a Robles Domínguez que el Ejército Federal

¹⁰³ Torrea, *La Decena Trágica*, p. 231.

¹⁰⁴ Urbina, “El Ejército Federal”, pp. 281-282.

no deseaba hacer más resistencia. Ramírez Rancaño designa a este acto “una grave traición”.¹⁰⁵ Estos generales tal vez actuaron en forma indisciplinada, insubordinada, para con el secretario de Guerra Refugio Velasco, pero lo que evidenció este procedimiento fue la desmoralización del contingente federal. El 9 de agosto, Robles Domínguez conferenció con Refugio Velasco y le hizo saber de la necesidad de rendirse para evitar más derramamiento de sangre, pero el general federal objetó que el honor del Ejército impedía que se rindieran sin combatir. También le preocupaba que no se pudiera llegar a un arreglo decoroso para las fuerzas armadas federales.¹⁰⁶

Después de haber combatido con desgano por un presidente usurpador, Velasco cayó en la cuenta de que la derrota de Huerta implicaría, también, la desaparición del Ejército Federal. Era demasiado tarde para evitarlo. La ética profesional les había impedido a Velasco y sus compañeros rebelarse y apoyar a los revolucionarios. Ya no podía haber transacción. Ahora que la victoria estaba a la mano, se creía que los constitucionalistas no mostrarían compasión. Por ello, pasó por su mente morir defendiendo la Ciudad de México. Pero después de una conferencia entre el general Velasco y Robles Domínguez, quedó claro que las vidas de los federales no peligrarían, sólo la existencia de su instituto armado, al cual no había ya manera de mantener en pie sin exponer al país a una invasión extranjera bajo el pretexto de proteger los intereses estadounidenses en el Distrito Federal. Así que se acordó la evacuación de la capital por los federales.¹⁰⁷

En los días siguientes, numerosos generales pidieron su retiro y comenzaron a abandonar el país. La tropa también comenzó a desertar. Aunque contaban con el apoyo de los generales Ignacio A. Bravo, Arnoldo

¹⁰⁵ Cabe preguntar a quién estaban traicionando, ¿a Francisco Carbajal, que llegó al poder por inesperada renuncia de Huerta? Fue traición darle la espalda a Carbajal, pero ¿no fue traición que Huerta derrocaria y asesinara a Madero? Ramírez, “Durante y después del desastre”, p. 92.

¹⁰⁶ Ramírez Rancaño, “Durante y después del desastre”, p. 92; Garfias, “Los Tratados de Teoloyucan”, vol. 4, p. 741.

¹⁰⁷ Urbina, “El Ejército Federal”, pp. 280, 283-284.

Casso López, Luis Medina Barrón, Ignacio Morelos Zaragoza, Antonio Olea, Francisco Romero, Agustín Sanginés, Pedro Ojeda, Miguel Rodríguez y Eduardo Ocaranza, a Carbajal y Refugio Velasco no les quedó más remedio que desistir de defender al Distrito Federal, con los 30,000 efectivos de que disponían, y comenzar a negociar la paz.¹⁰⁸ Al efecto enviaron al general Lauro Villar y al licenciado David Gutiérrez Allende, para sondear a los revolucionarios, pero los generales Antonio I. Villarreal y Luis Gonzaga Caballero les hicieron saber que sólo se admitiría la rendición absoluta e incondicional, así como la disolución del Ejército. Ante la imposibilidad de una salida negociada, Carbajal quiso renunciar y dejar el control al gobernador del Distrito Federal, brigadier Eduardo Iturbide,¹⁰⁹ al secretario de gobernación José María Luján y al de Guerra Refugio Velasco, pero éste se rehusó a licenciar al Ejército sin una orden escrita.¹¹⁰

Carbajal hizo circular la orden de disolver al Ejército el 12 de agosto. Ese mismo día, Alfredo Robles Domínguez se reunió en Teoloyucan con el general Eduardo Iturbide, los embajadores del Brasil, Guatemala y Gran Bretaña, el encargado de negocios de los Estados Unidos, el secretario de la Legación de Francia Víctor Ayguesparse, así como Rómulo Ceballos, Ignacio de la Hidalga, Rafael Lara Grajales y Diego Arenas Guzmán —todos civiles—, para acordar los términos de rendición. Al día siguiente el general de brigada Gustavo Adolfo Salas, el contralmirante Othón P. Blanco, Eduardo Iturbide, Arenas Guzmán, De la Hidalga y León Taurel se reunieron con Robles Domínguez y los generales Álvaro Obregón, Lucio Blanco, Cesáreo Castro, Alberto Carrera Torres, Jesús Carranza, Francisco Cosío Robelo y coronel Francisco R. Manzo para la firma de los Tratados de Teoloyucan.¹¹¹

¹⁰⁸ Ramírez, “Durante y después del desastre”, pp. 93-96.

¹⁰⁹ Iturbide no era militar, sino hacendado, pero Huerta lo habilitó coronel auxiliar en 1913 y general brigadier en 1914, a la vez que lo designó gobernador del Distrito Federal. Iturbide, *Mi paso por la vida*, pp. 104 y 106.

¹¹⁰ Cano, “Las negociaciones de Carbajal”, p. 737; Urbina, “El Ejército Federal”, pp. 287-298.

¹¹¹ Ramírez, “Durante y después del desastre”, p. 96; Garfias, “Los Tratados de Teoloyucan”, p. 742; Urbina, “El Ejército Federal”, p. 286.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Tradicionalmente se ha dado por sentado que el Ejército Federal derrocó a Madero y que combatió por sostener a Huerta todo lo que pudo. En el presente texto se ha procurado mostrar que, en realidad, el Ejército obedeció a una lógica profesional al acatar a Huerta, después de que el congreso aceptó las renunciaciones de Madero y Pino Suárez. No obstante, muchos de esos militares no estaban dando todo de sí, pero no por defectos de personalidad ni por su avanzada edad, sino porque no eran ciegos —figurativamente hablando—, pero sí les molestaba la forma en que Huerta había tomado las riendas del país.

Felipe Ángeles fue el único general con el valor suficiente para desertar y unirse a los constitucionalistas, pero hubo jefes y oficiales —que tal vez por su juventud— también dieron este paso, sin verse limitados por el prurito del respeto a la “legalidad”: Jacinto Blas Treviño, Luis Gonzaga Garfias, Gustavo Garmendia, Federico Montes, Vito Alessio Robles, Francisco Cosío Robelo, Federico Cervantes, Eugenio Martínez, Francisco Urbalejo, José Manuel Núñez Almaral, Juan Medina, Lino Morales, Miguel Guerrero, Marcial P. López, Agustín Maciel, Tomás Marín Loya, Jesús Nieto Hernández, Fernando E. Priego, Raúl Rivera Flandes, José Ramón Valdés, entre otros. También hubo jóvenes oficiales que se incorporaron a las filas revolucionarias después de Teoloyucan, como Salvador Sánchez, José Martínez Palencia y José Monterde Villar. De la Marina se pueden mencionar al contralmirante Hilario Rodríguez Malpica Segovia y a su hijo, el capitán de fragata Hilario Rodríguez Malpica; a propósito, Ramírez Rancaño señala que el primero de estos personajes se suicidó tras el hundimiento del cañonero Tampico, pero hay que aclarar que fue el hijo quien se quitó la vida, pues Rodríguez Malpica padre vivió varios años más (hasta 1933), siendo nombrado por Venustiano Carranza director del Departamento de Marina de 1917 a 1920. Incluso fue miembro de la comisión designada por Adolfo de la Huerta y presidida por Aquiles Elorduy, para investigar el asesinato de Carranza.¹¹²

¹¹² Ramírez, “Generales ‘con sobrado espíritu militar’”, p. 116.

Pero, aunque Ángeles fue el único general federal en desertar, eso no implica que fuera el único disidente, ni que se pueda concluir que por un lado estaba todo el Ejército, con su gran complejidad, y por otro Felipe Ángeles.¹¹³ Y la prueba está en que, luego de los Tratados de Teoloyucan, los generales federales siguieron tres opciones. Unos, la inmensa mayoría, acataron el convenio de paz y se retiraron a la vida civil en México o en el exilio, como Ignacio A. Bravo, Refugio Velasco, Joaquín Beltrán, Lauro Villar, Fernando Trucy Aubert, Emiliano Lojero, Eugenio Rascón, Carlos García Hidalgo, Gustavo Adolfo Salas, Miguel Ruelas, Manuel F. Loera, Ángel García Conde, José Ortiz Monasterio, Samuel García Cuéllar, Juan Navarro, los miembros de la familia Maass, Guillermo Rubio Navarrete, Juan Manuel Torrea, etc. Otros se mantuvieron en armas, al frente de guerrillas reaccionarias, como Félix Díaz, Aureliano Blanquet, Higinio Aguilar, Gaudencio G. de la Llave, Juan Andrew Almazán, Francisco de Paula Álvarez, Luis Medina Barrón, Mariano Ruíz, Guillermo Meixueiro, Manuel Peláez, Esteban Cantú, Roberto F. Cejudo, Alfonso Santibáñez, Alberto Basave y Piña, Jesús Síntora, Rodolfo Herrero. Y otros más optaron por sumarse a las filas revolucionarias, como José Delgado, Arnoldo Casso López, Agustín García Hernández, Gonzalo Luque, Eduardo Ocaranza, Miguel Rodríguez, Ignacio Morelos Zaragoza, Agustín Migoni, Pedro Ojeda y Casto E. Sotelo en el villismo; Narno Dorbecker, Rafael Eguía Lis y el orozquista Benjamín Argumedo en el zapatismo; Silvestre Mariscal, Eduardo Paz, Ángel Vallejo y Ladislao Cepeda en el constitucionalismo. Hay que aclarar que Andrew Almazán, Mariscal, Síntora y Herrero no eran exactamente militares federales, sino civiles que, en el caso de los tres primeros, se habían sumado a la revolución maderista, pero luego rompieron con Madero y terminaron secundando a Huerta, incorporados a las fuerzas auxiliares del Ejército, en tanto que Herrero ingresó en las fuerzas de Peláez a partir de 1915. Por su parte, los generales Paz y Vallejo sirvieron a Carranza, respectivamente, como profesor y

¹¹³ Gilly, *Cada quien morirá por su lado*, pp. 29, 33, 37.

director de la Academia de Estado Mayor, así como del reinaugurado Colegio Militar.

Por último, hay que añadir que los generales Joaquín Téllez y Gabriel Aguillón siguieron una cuarta ruta, pues emigraron con sus tropas hacia El Salvador, para ofrecer allí sus servicios marciales.¹¹⁴

FUENTES

ARCHIVO

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (AHSNDN)
Ramo Cancelados, expediente 2-99
Ramo Operaciones militares
Expediente XI/481.5/30
Expedientexi/481.5/88

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez Sánchez, Edwin Alberto y Celis Villalba, Pedro, “Desarrollo institucional del ejército porfirista”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, núm. 2, (mayo-agosto 2019), pp. 91-121.

Arnáiz y Freg, Arturo (comp.), *Madero y Pino Suárez en el cincuentenario de su sacrificio 1913-1963*, México, SEP, 1963.

Benavides Hinojosa, Artemio, *Bernardo Reyes. Un liberal porfirista*, México, TusQuets, 2009.

Briseño Ortega, Leoncio, *Nuestra Escuela Militar de Aspirantes*, México, s/e, 1955.

¹¹⁴ Ramírez, “Durante y después del desastre”, pp. 98-99; Urbina, “El Ejército Federal”, pp. 302-306.

Cano Andaluz, Aurora, “Las negociaciones de Carbajal”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 4, México, SEP-Senado de la República, 1985, pp. 735-737.

Figueroa Domenech, J., *Veinte meses de anarquía: segunda parte de la Revolución y sus héroes. Crónica de los sucesos políticos ocurridos en México desde julio de 1911 a febrero de 1913*, México, s/e, 1913.

Garciadiego, Javier, *1913-1914 de Guadalupe a Teoloyucan*, México, Clío-Gobierno de Coahuila, 2013.

Garfias Magaña, Luis, “Aspectos militares de la Decena Trágica”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 3, México, SEP-Senado de la República, 1985, pp. 443-455.

_____, “Aspectos militares de la sublevación felicista en Veracruz”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 3, México, SEP-Senado de la República, 1985, pp. 389-393.

_____, “Los Tratados de Teoloyucan”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 4, México, SEP-Senado de la República, 1985, pp. 739-743.

Gilly, Adolfo, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la Decena Trágica*, México, Era, 2013.

González de Arellano, Josefina, *Bernardo Reyes y el movimiento reyista en México*, México, INAH, 1982.

González Navarro, Moisés, *Cristeros y agraristas en Jalisco*, tomo I, México, Colmex, 2000.

_____, *Masones y cristeros en Jalisco*, México, El Colegio de México, 2000.

Hernández Chávez, Alicia, “Origen y ocaso del ejército porfiriano”, en *Historia Mexicana*, vol. 39 (1) julio-septiembre, 1989, pp. 257-292.

Ibarrola, Bernardo, “De Ciudad Juárez a la Ciudadela: Madero y el ejército federal mexicano”, en Garciadiego, Javier (coord.), *El ejército mexicano, cien años de historia*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 79-119.

_____, “La rebelión de la Ciudadela hiere de muerte al gobierno de Madero. La historia militar por contar de la Decena Trágica”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* 58, julio-diciembre 2019, pp. 159-194.

Iturbide, Eduardo, *Mi paso por la vida*, México, Editorial Cultura, 1941.

Medina Peña, Luis, *Invencción del sistema político mexicano. Forma de gobierno y gobernabilidad en México en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

Mendoza Vallejo, Gral. de Brigada D.E.M. Guillermo y Garfias Magaña, Gral. de Brigada D.E.M. Luis, “El ejército mexicano de 1860 a 1913”, en *Historia del Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos*, tomo I, México, SDN, 1979.

Miranda Moreno, Gral. de Brigada D.E.M. Roberto Francisco, *Estado Mayor Presidencial. Evolución de una tradición de honor y lealtad*, México, EMP-Secretaría de Cultura, 2016.

Niemeyer, Victor Eberhard, *El General Bernardo Reyes*, Monterrey, Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966.

Rabinovich, Alejandro M., *Anatomía del pánico: la batalla de Huaqui, o la derrota de la Revolución (1811)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017.

Ramírez Rancaño, Mario, “Durante y después del desastre: algunos supervivientes del Ejército federal”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, nueva época, vol. XVI, núm. 1 y 2, 1er. y 2do. semestres 2011, pp. 87-123.

_____, *El ejército federal, 1914. Semblanzas biográficas*, México, UNAM-IIS, 2012.

_____, “Generales ‘con sobrado espíritu militar’”, en *20/10 Memorias de las Revoluciones de México*, núm. 2, septiembre-octubre de 2008, pp. 101-117.

Reyes, Rodolfo, *De mi vida*, vol. I, “Memorias políticas. México 1899-1913”, segunda edición, México, Jus, 1948.

Ruiz D., Ángeles, “El movimiento orozquista”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 3, México, SEP-Senado de la República, 1985, pp. 367-379.

Saborit, Antonio, *Febrero de Caín y de metralla. La Decena Trágica. Una antología*, México, Cal y Arena, 2013.

Salmerón, Pedro, *Los carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, México, Planeta, 2009.

Santín del R., Rosalía, “El intento restaurador de Félix Díaz”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 3, pp. 381-387.

Tablada, José Juan, *La defensa social. Historia de la campaña de la División del Norte*, Rubén Lozano Herrera (introd. y ed. crítica), México, Universidad Iberoamericana, 2010.

Taracena, Alfonso, *Madero, víctima del imperialismo yanqui*, 2ª edición, México, Jus, 1973.

_____, *Venustiano Carranza*, México, Jus, 1963.

Torrea, Gral. Juan Manuel, *La Decena Trágica: Apuntes para la Historia del Ejército Mexicano. La asonada militar de 1913*, México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1963.

Treviño, Jacinto B., *Memorias*, segunda edición, México, Editorial Orión, 1961.

Tzu, Sun, *El arte de la guerra*, octava edición, México, Ediciones Gernika, 2004.

Urquiza, Francisco L., *Memorias de campaña*, México, FCE/SEP 1985.

_____, *Recuerdo que...*, México, INHERM, 1985.

Velasco Lomelí, José Antonio, *Velasco. El Último General del Ejército Federal*, México, Casa Editorial Contreras, 2009.

TESIS

Urbina, Edgar, “El Ejército Federal. Unificación, disolución, herencia y destino (1913-1920)”, tesis para optar por el grado de doctor, México, UNAM-FFYL, 2019.

_____, “La ‘guerra interior’ en el ejército federal. Una larga crisis madurada entre mayo de 1911 y febrero de 1913”, tesis para optar por el grado de maestro, México, UNAM-FFYL, 2011.

OBRAS DE CONSULTA

Enciclopedia de México, tercera edición, tomo I, México, Enciclopedia de México s.a., 1977.

Diccionario de generales de la Revolución, tomo I, México, INHERM, 2014.